



Asamblea General

Quincuagésimo tercer período de sesiones

7^a sesión plenaria

Lunes 21 de septiembre de 1998, a las 10.00 horas
Nueva York

Documentos Oficiales

Presidente: Sr. Opertti (Uruguay)

Se abre la sesión a las 10.20 horas.

Tema 10 del programa

Memoria de Secretario General sobre la labor de la Organización

Presentación por el Secretario General de su Memoria anual sobre la labor de la Organización (A/53/1)

El Presidente: de conformidad con la decisión adoptada en la 3ª sesión plenaria, celebrada el día 15 de septiembre de 1998, esta mañana la Asamblea General, examinará en primer lugar el tema 10 del programa, titulado “Memoria del Secretario General sobre la labor de la Organización”, a fin de escuchar al Secretario General, quien hará una breve presentación de su Memoria anual.

Tiene la palabra el Secretario General.

El Secretario General (*interpretación del inglés*): Es un gran placer y un privilegio para mí dar la bienvenida a todos ustedes a este quincuagésimo tercer período de sesiones de la Asamblea General. Ciertamente, este período podría abrir nuevos horizontes a la Organización, e incluso al mundo, siempre que tengamos la valentía de abordar con los ojos abiertos lo que tenemos ante nosotros.

Cuando les dirigí la palabra desde este podio hace un año, hice hincapié en la reforma de las propias Naciones Unidas. La reforma era, y es, fundamental si es que vamos a desempeñar cabalmente nuestra función en la nueva era.

Hoy puedo decir con satisfacción que la “revolución silenciosa” está en marcha. La familia de las Naciones Unidas ha comenzado a obrar con mayor unidad de propósito y coherencia de esfuerzo que hace un año. Esto es particularmente cierto respecto de la Secretaría y sus relaciones con los programas y los fondos.

Ello no significa que podamos dormimos en los laureles. La reforma es un proceso incesante y seguiré estudiando maneras de cómo mejorar nuestro desempeño. Abrigo la esperanza de que durante este período de sesiones ustedes, los Estados Miembros, lleven adelante el proceso mediante la adopción de más medidas dirigidas a perfeccionar o revisar los aspectos de la Organización que sólo ustedes tienen la facultad de modificar.

Sin embargo, probablemente el único impedimento importante al buen desempeño es la camisa de fuerza financiera en la que funcionamos. La parvedad financiera es una característica del mundo actual: ha contribuido a que concentremos nuestras mentes en hacer que el dinero de ustedes tenga más valor. No obstante, sin dinero no hay valor. La parvedad es una cosa, y una dieta de muerte por inanición es otra.

De nuevo pido a los pocos Estados Miembros que se han retrasado seriamente en efectuar sus contribuciones que sigan el buen ejemplo que otros han sentado. Nada puede sustituir al pago total y a tiempo de lo que se debe.

La reforma nos está proporcionando gradualmente unas Naciones Unidas más funcionales, lo que significa que puedan realizar las tareas que los Estados Miembros les encomienden. Es menester que determinemos los nuevos desafíos que afrontamos y elaboremos nuevas maneras de hacerles frente.

En 1945, al finalizar la segunda guerra mundial, nuestros fundadores tuvieron tanto la oportunidad como la obligación de volver a modelar el orden mundial, y crearon esta Organización para ahorrar a las generaciones futuras la repetición de la ordalía por la que ellos habían pasado. Ahora somos nosotros los que estamos viviendo una amplia transformación.

En varios sentidos nuestra tarea es aún más difícil que la de nuestros fundadores. Ellos podían trabajar a partir de una tabla rasa, mientras que nosotros debemos respetar procedimientos establecidos y vencer maneras de pensar profundamente arraigadas. Ellos afrontaron el impresionante pero a la vez claro desafío de una guerra mundial, mientras que nosotros estamos luchando contra nuevas incertidumbres políticas y contra fuerzas de cambio económico que resultan muy difíciles de precisar.

No obstante, el calendario, por casualidad, nos proporciona un plazo preciso y emocionante para que concentremos nuestras mentes: el inicio del tercer milenio.

Ustedes han convenido en designar el quincuagésimo quinto período de sesiones, que coincide con el año 2000, como la Asamblea del Milenio. He propuesto presentarles un informe en esa ocasión, en el que se esboce un conjunto de objetivos factibles para la Organización en momentos en que entra en la nueva era, así como medios institucionales para alcanzarlos.

Contamos exactamente con dos años antes de esa Asamblea del Milenio. Mi idea es que debemos emplear esos dos años para reflexionar cuidadosamente sobre lo que necesitamos hacer. No vamos a anular la Carta y redactar una nueva. Tampoco produciremos un proyecto rector para una utopía. Lo que tenemos que hacer es determinar una selecta serie de los problemas más apremiantes del mundo y asignarnos nosotros mismos un programa preciso y viable para hacerles frente. Sospecho que gran parte de ese programa, si no todo, irá bajo un título, que se ha

convertido en el lugar común de nuestros tiempos: la mundialización.

Creo que, con todo, a largo plazo la mundialización será positiva. Acerca a los pueblos y nos ofrece muchas opciones con las que nuestros abuelos ni siquiera hubieran podido soñar. Hace que podamos producir con más eficiencia y permite que por lo menos algunos de nosotros mejoremos nuestra calidad de vida.

Lamentablemente, estos beneficios distan mucho de llegar a todos en forma equitativa. El cambio positivo a largo plazo, para millones de seres humanos, simplemente está demasiado lejos como para tener sentido. Millones de personas viven todavía al margen de la economía mundial. Otros millones más ven la mundialización no como una oportunidad, sino como una fuerza perturbadora o destructiva, como un ataque a sus niveles de vida y a sus estilos de vida tradicionales. Y los que se sienten así marginados son cada vez más numerosos.

La recesión asiática ha provocado una crisis económica mundial, con derivaciones sociales devastadoras. Algunas de las economías de mayor éxito han sumido en la recesión a una velocidad que ha tomado por sorpresa a toda la comunidad internacional.

Como de costumbre, los mayormente afectados han sido los grupos más vulnerables. Y los países que sólo habían dado los primeros pasos tambaleantes hacia la recuperación económica son los que ahora corren mayor peligro. La crisis ya se ha extendido hasta Rusia. Ni siquiera los mercados de Norteamérica y Europa son inmunes. El Presidente Clinton hace poco reconoció la amenaza que plantea este reguero de pólvora, aun para la economía más desarrollada del mundo.

Tenemos que reunirnos para buscar las respuestas, pero, ¿quiénes tienen que sentarse a la mesa? Ha pasado la época en que las siete grandes Potencias industrializadas podían —o debían— abordar solas esta tarea. Tampoco podemos dejar esta crisis únicamente en manos de los ministros de finanzas y de las autoridades de los bancos centrales, aunque su contribución sea fundamental. No deseo menoscabar el papel de las instituciones cuando actúan de consuno, como el Banco de Pagos Internacionales, la Organización Mundial del Comercio y nuestras queridas organizaciones hermanas de Washington: el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional. Como saben muchos de los que se encuentran en este Salón, he trabajado arduamente para forjar vínculos más estrechos entre las Naciones Unidas y dichos órganos, y me complace decir

que éstos se han mostrado muy receptivos. Ellos quieren trabajar con nosotros, y nosotros debemos estar dispuestos a trabajar con ellos. Todas las partes del sistema internacional necesitan unirse para encontrar soluciones mundiales a esta crisis verdaderamente mundial.

Las cuestiones que hace surgir esta crisis no son exclusivamente financieras, económicas, sociales o políticas: son todo a la vez. Tienen que atacarse desde todos los frentes. Tienen que abordarse tanto a nivel local como mundial. Por ello creo que las Naciones Unidas —la Organización mundial por excelencia— tienen un deber ineludible que cumplir. Aguardo, pues, con mucho interés la participación de las Naciones Unidas en deliberaciones sobre la nueva “arquitectura financiera” mundial, como las propuestas por el Presidente Clinton.

Sin duda, necesitamos estrategias técnicas, económicas y financieras. Pero tenemos que definir el marco político en el que podrán aplicarse. Y tenemos que asegurarnos de que no se olviden los intereses de los que han quedado atrás a causa de la mundialización. Nuestra responsabilidad especial es volver a colocar el desarrollo en el lugar central, que es el que le corresponde, en la estrategia económica mundial.

En vísperas del nuevo milenio, las necesidades y aspiraciones de la gran mayoría de los seres humanos todavía pueden expresarse simple y claramente: agua potable, protección contra la violencia —tanto de la violencia de la naturaleza como de la de los hombres—, alimento suficiente para la familia, un trabajo, educación para los niños, y un Estado que no oprima a sus ciudadanos sino que gobierne con su consentimiento.

No debemos olvidar que la crisis actual se debe, en parte, al descuido de los factores políticos durante los años en que algunos creían que las fuerzas del mercado producirían por sí solas la prosperidad mundial. A veces se olvidaba, en la exuberancia de una riqueza que crecía rápidamente, que a largo plazo una economía sana depende de una política sana: la buena gestión pública, la justicia social y el imperio del derecho.

No estoy sugiriendo que un modelo político único pueda servir como panacea para todos los problemas de la mundialización. Sería tan erróneo como el modelo económico único, que ahora ha fracasado en muchos países. Deben tenerse en cuenta las circunstancias y las tradiciones locales, tanto en política como en economía. Pero hay algunos principios que son comunes a todos.

Entre éstos están: un gobierno legítimo, sensible, limpio, independientemente de su forma; el respeto de los derechos humanos y de los derechos de las minorías; la libertad de expresión, y el derecho a un juicio imparcial. Si se descuidan estos pilares fundamentales, universales, la estructura —del Estado y de la economía— se vuelve deficiente y es muy probable que se desmorone cuando llegue la tormenta. Esto significa que el desafío más grande que plantea la mundialización es el de la buena gestión pública en su más amplio sentido.

Permítaseme ahora referirme brevemente a la labor de la Organización durante el año pasado. No voy a aburrir a la Asamblea con una recapitulación de mi Memoria anual, que seguramente todos han leído ya de principio a fin. Pero debe perdonárseme si señalo a la atención de la Asamblea algunos de nuestros éxitos y si digo con franqueza cuáles son ahora nuestras dificultades.

Lo que más me satisface no es lo que hicimos nosotros solos, sino la fructífera cooperación entre esta Organización y los agentes no estatales, que, tomados en su conjunto, forman el embrión de la sociedad civil mundial. Dos ejemplos descolantes del año pasado son: la Campaña internacional de prohibición de las minas terrestres, y la coalición de organizaciones no gubernamentales que ejerció presión para la creación de una Corte Penal Internacional.

La campaña que mencioné en primer lugar fue la fuerza impulsora tras la Convención de Ottawa sobre las minas terrestres antipersonal, que me complace decir entró en vigor, con su cuadragésima ratificación, la semana pasada. La segunda, por supuesto, nos ayudó a concretar el Estatuto de la Corte Penal Internacional, cuya aprobación en Roma, en el mes de julio, tuve el privilegio de presenciar. Esto promete llenar finalmente lo que durante mucho tiempo ha sido una laguna en el sistema jurídico internacional: una corte permanente para juzgar los delitos que constituyen la mayor preocupación de toda la comunidad internacional: el genocidio, los crímenes de lesa humanidad y los crímenes de guerra. Este mes, el primer fallo de un tribunal internacional por el crimen de genocidio, pronunciado por el Tribunal Penal Internacional para Rwanda, nos demostró que las instituciones de la justicia internacional pueden ejercer autoridad. Esto nos hace abrigar la esperanza de que la Corte Penal Internacional pronto pueda cumplir con su objetivo de poner fin a esta era vergonzosa en la que un homicida tiene más posibilidades de ser condenado por matar a una persona que por matar a 100.000.

Paulatinamente, con la ayuda de la sociedad civil, las Naciones Unidas y sus Estados Miembros están reforzando

el orden jurídico internacional. El cincuentenario de la Declaración Universal de Derechos Humanos, que se celebra este año, nos hace estar más conscientes que nunca de nuestras responsabilidades en esta esfera.

La ayuda que obtenemos de la sociedad civil para establecer normas jurídicas y fortalecer los derechos humanos es uno de los aspectos positivos de la mundialización. Pero una vez más la moneda tiene una cara negativa.

Los agentes no estatales que utilizan las nuevas aperturas y la tecnología de comunicación no son todos tan benignos. Paralelamente a la sociedad civil mundial existe lo que yo llamo la sociedad incivil, a saber: las redes de terrorismo, tráfico —de seres humanos y de sustancias ilícitas— y la delincuencia organizada.

Hace unas pocas semanas tuvimos tal vez la visión más siniestra de esta sociedad incivil con los ataques terroristas en Nairobi y en Dar es Salam. El terrorismo es una amenaza mundial que exige claramente la adopción de medidas mundiales. Las medidas adoptadas por los Estados Miembros en forma individual, ya sea que estén dirigidas a los agentes estatales o no estatales, no pueden en sí mismas proporcionar una solución. Debemos hacer frente a esta juntos amenaza.

Lo que nos horroriza en relación con el terrorismo es su carácter indiscriminado. Lamentablemente, también debemos preocuparnos acerca de la violencia que tiene un objetivo más preciso. Con pesar debo informar de que este año se ha registrado un dramático aumento de los ataques contra el personal de las Naciones Unidas y el personal asociado. Esto nos lleva a reflexionar acerca de las condiciones en las que enviamos al personal civil a las zonas de guerra, donde, con frecuencia, los combatientes, al parecer, están cada vez menos dispuestos a respetar su carácter neutral.

Lamento decir también que los que llevan a cabo esos ataques casi nunca comparecen ante la justicia. Albergamos la esperanza de que esto comience a cambiar ahora que tenemos el Estatuto de Roma en el que se tipifican como crímenes de guerra los ataques intencionales cometidos contra el personal humanitario y de mantenimiento de la paz.

Insisto en esta cuestión porque soy responsable del personal y de la habilidad de las Naciones Unidas con respecto a desempeñar su mandato. Desgraciadamente, la humanidad en su totalidad tiene amenazas más grandes que son motivo de preocupación. Durante el año pasado las

Naciones Unidas han participado, en muchas partes del mundo y a menudo en condiciones difíciles y peligrosas, en la delicada diplomacia del mantenimiento de la paz. Yo mismo fui al Iraq a tratar de lograr el cabal cumplimiento de las resoluciones del Consejo de Seguridad, algo que, lamentablemente, aún no se ha podido lograr.

Creo que en otros lugares del mundo hemos tenido éxito en la prevención de los conflictos, aunque no se puede demostrar a ciencia cierta que sin nuestras gestiones los conflictos se habrían producido.

Por el contrario, ahí donde fracasamos los resultados son demasiado visibles. Por cierto, estamos muy lejos de lograr la tarea fundamental encomendada por nuestros fundadores de “preservar a las generaciones venideras del flagelo de la guerra”.

En los últimos días, he tenido particularmente presentes dos ejemplos, a saber: el continuo conflicto en el Afganistán, con sus horribles violaciones a los derechos humanos, ahora está peligrosamente cerca de afectar a Estados vecinos. Y en Kosovo la comunidad internacional parece contemplar impotente la repetición de los brutales e indiscriminados abusos que se cometieron en Bosnia, algo que juramos no volvería a suceder.

Una vez más, nos encontramos desplegando esfuerzos humanitarios desesperados para hacer frente a las consecuencias cuando deberíamos estar abordando las causas políticas del conflicto.

Sé que el Consejo de Seguridad tiene estas dos cuestiones en su programa, y sólo me cabe esperar que encuentre los medios eficaces de recordar a las partes sus obligaciones en virtud de la Carta.

Mientras tanto, el fantasma de la aniquilación nuclear sigue acechando. Como todos sabemos, otros dos países han elegido realizar este año sus primeros ensayos nucleares.

Para finalizar, debo referirme a mi propio continente, África. Ahí también hubo logros, en particular el restablecimiento del Gobierno de Sierra Leona elegido democráticamente. En abril, a solicitud del Consejo de Seguridad, presenté un informe sobre las causas de conflicto en África que fue bien recibido. También se han realizado algunas tareas de seguimiento útiles.

Sin embargo, no sólo han continuado los conflictos en muchos países africanos sino que también han estallado

nuevos en varios otros, uno de ellos entre dos Estados Miembros.

Me preocupa especialmente el aparente derrumbe del proceso de paz en Angola, país donde las Naciones Unidas han hecho enormes esfuerzos en pro de la paz, en particular bajo la conducción de Sr. Alioune Blondin Beye, cuyo fallecimiento en junio fue un duro golpe para todos nosotros.

Lo que es aún peor, a mi juicio, es el nuevo conflicto en la República Democrática del Congo, en el que fuerzas de al menos cinco Estados de África participan, complicando la ya prolongada agonía de la región de los Grandes Lagos. Me siento profundamente preocupado por los habitantes de esa región que tanto han padecido en los últimos años, sufriendo incluso el flagelo del odio racial deliberadamente fomentado. Es preciso que la comunidad internacional haga un esfuerzo especial si queremos que se restablezca la estabilidad en el lugar y que se ponga fin a los sufrimientos.

No me disculpo por finalizar con un tono tan sombrío. Mi intención no es dejar a la Asamblea en un estado de desesperanza. Por el contrario, si nosotros en este Salón verdaderamente nos decidimos a aunar recursos, a dejar de lado las diferencias y a trabajar juntos, no hay casi nada que no podamos lograr.

En particular, necesitamos volver a descubrir el vínculo entre la paz y la seguridad económica, el principio unificador sobre el que se fundó la Organización. Necesitamos volver a aprender la lección de la que habló uno de los fundadores, Franklin D. Roosevelt, en el año de su fallecimiento y del nacimiento de esta Organización. Dijo que

“No podemos vivir solos en paz; nuestro propio bienestar depende del bienestar de otras naciones, por lejanas que estén. Hemos aprendido que debemos vivir como seres humanos no como avestruces, ni como el perro del hortelano. Hemos aprendido a ser ciudadanos del mundo, miembros de la comunidad humana.”
(*Cuarto Discurso Inaugural, 20 de enero de 1945*)

Entendía, dicho de otra forma, que si no hay desarrollo, no hay esperanza para los más pobres, ni siquiera los más ricos en este planeta estarán seguros.

A esta Asamblea no le falta trabajo. Ya la he demorado demasiado y agradezco a los miembros su indulgencia. Ahora, sigamos adelante con nuestra tarea.

El Presidente: Agradezco al Secretario General su presentación.

Hemos concluido así esta etapa de nuestro examen del tema 10 del programa.

Tema 9 del programa

Debate general

El Presidente: Antes de dar la palabra al primer orador que participará en el debate general, quisiera recordar a los miembros la decisión, adoptada por la Asamblea General en su 3ª sesión plenaria, celebrada el día 15 de septiembre, acerca de que las felicitaciones por los discursos pronunciados no se expresen dentro del Salón de la Asamblea General.

Al respecto, quisiera recordar a los miembros otra decisión adoptada por la Asamblea en la misma sesión, para que los oradores que hagan uso de la palabra en el debate general, tras formular sus discursos y antes de regresar a sus asientos, abandonen el Salón de la Asamblea General por la Sala GA-200 ubicada detrás del estrado.

También quisiera recordar a los representantes que, de conformidad con lo decidido por la Asamblea General en su 3ª sesión plenaria, la lista de oradores se cerrará el día 23 de septiembre de 1998 a las 18.00 horas. Quisiera pedir a las delegaciones que tuvieran la amabilidad de indicar en lo posible cuánto durarán sus intervenciones en tanto ello facilitará los trabajos de esta Asamblea.

Me permito ahora señalar a la atención de los miembros el párrafo 21 del anexo de la resolución 51/241, con arreglo al cual la Asamblea General propuso un límite voluntario de 20 minutos para cada declaración en el debate general. Pido a todos los oradores que, dentro del tiempo destinado a ese efecto, hablen o se expresen a una velocidad normal de modo tal que la interpretación de sus declaraciones pueda hacerse correctamente.

El primer orador en el debate general es el Ministro de Relaciones Exteriores del Brasil, Excmo. Sr. Luiz Felipe Lampreia. Le concedo la palabra.

Sr. Lampreia (Brasil) (*interpretación del inglés*): Sr. Presidente: Su elección para presidir la Asamblea General de las Naciones Unidas en su quincuagésimo tercer período de sesiones es especialmente grata para los brasileños. El Brasil y el Uruguay fueron creados como países

hermanos y nuestros vínculos son cada vez más fuertes. Cada día que pasa nuestros destinos están más vinculados. La oportunidad que tengo de trabajar estrechamente con mi amigo Didier Opertti me permite decir con convicción que esta Asamblea tendrá un Presidente formidable. En el ejercicio de esta importante labor se beneficiará del ejemplo dado por su predecesor. Como Presidente del quincuagésimo segundo período de sesiones, el Sr. Hennadiy Udovenko pudo orientar y motivar a las delegaciones y dar un valioso impulso a las propuestas de reforma presentadas por el Secretario General.

Debido a su dedicación a la tarea de modernizar nuestra Organización y, sobre todo, debido a su papel decisivo en situaciones que planteaban una verdadera amenaza a la paz y la seguridad internacionales, el Secretario General merece nuestro aplauso. El talento diplomático y la serena audacia manifestados por el Sr. Kofi Annan confirman que tenemos un líder que está a la altura de los desafíos y oportunidades que tenemos ante nosotros. Para nosotros fue un placer recibirlo en el Brasil el pasado mes de julio.

El rasgo característico de este particular momento que vivimos es la inquietante inestabilidad que acosa a los mercados financieros mundiales. Desde el último trimestre de 1997, cuando sentimos por primera vez las sacudidas de lo que se llamó entonces la “crisis asiática”, la economía mundial ha venido sufriendo los efectos de un fenómeno cuyo alcance, profundidad y permanencia todavía no están claros. Pero la comunidad internacional no puede esperar, con los brazos cruzados, a que el curso de los acontecimientos aclare nuestro dilema.

Es legítimo y necesario que los Gobiernos actúen para intentar evitar los problemas que puedan surgir. En una era caracterizada por la rápida integración de las economías nacionales, esta intervención de los Gobiernos tendrá que hacerse cada vez más mediante la coordinación en la esfera internacional.

Aunque todavía no hay consenso en cuanto a la dimensión de la crisis que afrontamos ni en cuanto a su duración, parece que existe una creciente convergencia de opiniones respecto de la repercusión de la alta volatilidad de los movimientos de capitales. Los acontecimientos de los últimos meses han revelado que existe un grave retraso entre la interdependencia financiera cada vez mayor y la modesta eficacia de los actuales mecanismos internacionales de diálogo y coordinación.

Desde el comienzo de su Gobierno el Presidente del Brasil, Fernando Henrique Cardoso, ha venido señalando a la atención de otros líderes mundiales la tarea de lograr que el sistema financiero mundial sea más estable y previsible. Desde 1995, en repetidos mensajes a los miembros del Grupo de los Siete, ha presentado propuestas concretas: aumentar la cooperación entre las autoridades monetarias; ampliar la coordinación de las políticas macroeconómicas entre los países que pueden tener una considerable influencia sobre las finanzas mundiales; mejorar la capacidad de supervisión internacional sobre las políticas macroeconómicas internas; y ampliar los mecanismos encaminados a estabilizar las monedas que están sometidas a ataques especulativos. Naturalmente, ha habido avances importantes en este sentido, pero las medidas que se han tomado siguen siendo insuficientes para lo que se necesita. Hasta ahora la voluntad política no se ha correspondido con la magnitud y la gravedad de la situación. La crisis no se resolverá por sí sola. Tenemos que unirnos para afrontarla.

En este campo, como en otros de la vida internacional, tenemos que evitar a toda costa una actitud que, ya en el decenio de 1970, el Ministro de Relaciones Exteriores brasileño Azeredo da Silveira describió como “el síndrome del aplazamiento”.

La experiencia nos enseña que la inacción puede tener un elevado costo. También nos enseña que las respuestas que dan los distintos países a las situaciones de crisis, si están orientadas por reacciones irracionales e impulsivas del momento, pueden convertir dichas crisis en problemas aún mayores, prolongando sus efectos a lo largo del tiempo y agravando el sufrimiento del pueblo.

Cabe imaginar hipótesis extremas de retorno a modelos económicos cerrados, a la búsqueda de la difícil autosuficiencia y aislamiento, a ideas de seguridad nacional fundadas en la desconfianza hacia los demás y la inseguridad de otros. Estas hipótesis no deben convertirse en realidad. No podemos permitirlo.

El progreso de las relaciones internacionales depende fundamentalmente de la percepción del entorno internacional no como una fuente de posibles amenazas, sino como un entorno en el que se puedan reducir los riesgos y superar las dificultades mediante la unión de voluntades y recursos.

Este no es un mundo en el que las naciones deban quedar abandonadas a sus propios medios. El costo de esta vía es invariablemente mucho mayor que la energía o los recursos que se ahorran con los intentos de distanciarse de los problemas de los demás. La voluntad de ocuparse de

forma colectiva de los problemas inducirá a los países a pensar en el beneficio de buscar una consideración internacional de los asuntos que les interesan directamente. El mundo no puede depender exclusivamente de la voluntad, la capacidad y el interés de un selecto número de países de movilizar y orientar los esfuerzos internacionales en una u otra dirección.

Ya no podemos aceptar ninguna situación, como la actual crisis financiera, en la que, a pesar de la innegable naturaleza internacional del fenómeno, los Gobiernos y las sociedades sencillamente no confían plenamente en ninguna de las organizaciones o mecanismos actuales como fuente de apoyo, orientación o incluso interpretación del problema de que se trata. Tenemos que analizar seriamente el hecho de que la creciente interdependencia hace que sea indispensable la administración eficaz en el plano internacional.

Tenemos ante nosotros un desafío esencialmente político. Ello no significa que haya que modernizar simplemente los procedimientos de toma de decisiones o las estructuras administrativas, sino que también hay que dar al tratamiento multilateral de las cuestiones la prioridad que con frecuencia recibe en nuestros discursos y declaraciones.

Todavía existe una gran brecha entre el reconocimiento de que los problemas fundamentales que afronta la humanidad deben abordarse en el plano internacional y la resistencia de los Gobiernos y sociedades a actuar de conformidad con dicho reconocimiento. Esto resulta evidente sobre todo en la asignación de recursos y en la aprobación de políticas que puedan generar repercusiones externas.

En el mismo sentido, si el vínculo entre lo internacional y lo nacional es cada vez mayor, la paz y el desarrollo también están cada vez más relacionados. Un mundo agobiado por la inestabilidad económica o la desesperanza no puede ser un entorno seguro, libre de la amenaza de la guerra, el conflicto y la violencia. Pero lo contrario también es cierto: el progreso material y económico presupone unas condiciones mínimas de seguridad y coexistencia pacífica entre los países y dentro de ellos. Tenemos que avanzar en ambos frentes trabajando para establecer un clima de confianza en el ámbito político-estratégico y en el contexto esencial de la economía mundial.

El peso relativo del Brasil y la historia de nuestro comportamiento internacional son algunas de las credenciales más importantes de nuestro país. Estas credenciales están reforzadas en la actualidad por la madurez de nuestra democracia y por la vigorosa modernización de la economía brasileña.

Bajo la dirección del Presidente Cardoso hemos renovado nuestra voluntad permanente de desempeñar un papel más activo en la construcción de un orden mundial que pueda conducir hacia la paz y el desarrollo. Este espíritu guía la acción internacional del Brasil, sobre todo dentro de las Naciones Unidas.

Deseo señalar que en el Consejo de Seguridad y en otros órganos de las Naciones Unidas, nuestra delegación, presidida por el Embajador Celso Amorim, ha reflejado fielmente esta orientación central de la política exterior del Brasil.

En 1998 finalizamos nuestra participación en el régimen internacional de no proliferación. Hemos ratificado el Tratado de prohibición completa de los ensayos nucleares y hemos adherido al Tratado sobre la no proliferación de las armas nucleares (TNP), que fue aprobado por el Congreso Nacional del Brasil en julio pasado. Hace tres días, en Washington, tuve la satisfacción de depositar personalmente el instrumento de adhesión al TNP, al mismo tiempo que lo hacían nuestros embajadores en Londres y Moscú.

Estas decisiones dan apoyo oficial y simbólico al compromiso de usar la energía nuclear exclusivamente con fines pacíficos. Este compromiso está consagrado en la Constitución del Brasil y se ve fortalecido por los pactos bilaterales y regionales que hemos firmado. Los acuerdos existentes y la cooperación entre el Brasil y la Argentina, así como el Tratado de Tlatelolco, son logros ejemplares en esta esfera.

El Brasil se siente especialmente motivado para hacer un llamamiento a los Estados poseedores de armas nucleares y a los que tienen la capacidad de producir dichas armas para que tomen medidas decisivas con miras al logro del desarme. También esperamos que los gobiernos que todavía no son partes en el TNP, el Tratado de prohibición completa de los ensayos nucleares y otros instrumentos y mecanismos pertinentes, lo hagan lo más pronto posible.

Como manifestación de la determinación que nos motiva a trabajar en pro de esta causa, el Brasil, junto con otros siete países amigos, firmó el 9 de junio de este año la declaración conjunta "Hacia un mundo libre de armas nucleares: la necesidad de un nuevo programa". En el actual período de sesiones de la Asamblea General, junto con los países asociados en esta declaración, tenemos la intención de presentar un proyecto de resolución tendiente a promover y orientar los esfuerzos hacia la eliminación completa y definitiva de las armas nucleares.

Ya no tiene cabida ni justificación aplazar una acción en el campo nuclear o en la lucha más amplia por eliminar todas las armas de destrucción en masa. El costo de no hacerlo podría ser verdaderamente catastrófico y los riesgos son evidentes para todos.

El Gobierno del Brasil, como coordinador de los países garantes del Protocolo de Río de Janeiro, ha venido desplegando esfuerzos sostenidos para ayudar al Ecuador y al Perú a alcanzar lo más pronto posible un acuerdo sólido y definitivo sobre las discrepancias fronterizas que los han apartado durante decenios. Nuestros servicios diplomáticos, junto con los de la Argentina, Chile y los Estados Unidos, están dispuestos a seguir contribuyendo de la mejor manera posible.

Los recientes acontecimientos confirman el pronóstico de que el proceso de paz está en vías de llegar a una conclusión y reflejan la voluntad política y el alto nivel de compromiso con que el Ecuador y el Perú han venido trabajando en pro de este objetivo.

El hecho de que Sudamérica sea una región en la que los países viven básicamente de manera armoniosa, pacífica y cada vez más integrada constituye para el Brasil una característica vital y fundamental que nuestros pueblos están decididos a mantener.

Lo mismo se aplica al carácter permanente de los regímenes democráticos como hilo que une a las naciones de nuestro continente. Este es un gran valor al que nos adherimos colectivamente en el Mercado Común del Sur (MERCOSUR), el Grupo de Río y la Organización de los Estados Americanos (OEA).

El advenimiento y la consolidación de la democracia fueron decisivos en la extraordinaria labor de integración a la que están abocadas las naciones sudamericanas. Este es un logro de nuestras sociedades que los gobiernos de la región deben estar siempre dispuestos a defender juntos. Este es un dogma básico de la política exterior del Brasil.

El Brasil concede la mayor importancia a la promoción de los derechos humanos. Al celebrar el cincuentenario de la Declaración Universal de Derechos Humanos debemos reconocer la brecha persistente que existe entre los principios y las normas generalmente aceptadas del derecho internacional, por una parte, y las realidades que prevalecen en el mundo, por la otra.

El Gobierno del Brasil está dedicado a luchar por superar la distancia entre las normas y los hechos en nues-

tro país. Estamos dispuestos a aprovechar los elementos del ambiente internacional que nos ayuden a hacer realidad las aspiraciones compartidas por todos los brasileños. Este fue el planteamiento esencial del discurso del Presidente Cardoso formulado ante el Congreso Nacional en relación con la decisión de reconocer la jurisdicción obligatoria de la Corte Interamericana de Derechos Humanos.

El Presidente Cardoso también está empeñado en luchar contra el narcotráfico. Su presencia en el período extraordinario de sesiones de la Asamblea General en junio pasado fue prueba clara de este compromiso.

Nuestra participación en los esfuerzos desplegados para lograr una paz duradera va más allá de las Américas. Miembros del personal militar y policial del Brasil han formado parte de las fuerzas de las Naciones Unidas en muchos lugares del mundo, sobre todo en los países de habla portuguesa en África, con los que tenemos vínculos históricos y culturales.

El Brasil ha seguido con preocupación los acontecimientos en Angola. Las Naciones Unidas deben insistir firmemente en que la UNITA cumpla los compromisos asumidos en el Protocolo de Lusaka. Una complicación de la situación podría obstaculizar el progreso logrado en el proceso de paz y sería algo trágico. Se ha infligido a los angoleños sufrimientos indecibles durante decenios. La comunidad internacional debe hacer todo lo que esté a su alcance para que Angola pueda finalmente dedicarse a la reconstrucción y el desarrollo.

El Gobierno del Brasil, junto con los otros miembros de la Comunidad de Países de Lengua Portuguesa, está empeñado en buscar una solución pacífica a la grave crisis interna de Guinea-Bissau. La Comunidad, en estrecha coordinación con los países de la región, ha contribuido a promover un progreso importante. Seguiremos tratando de lograr las condiciones favorables para la urgente y completa normalización de la vida en esa hermana nación.

En cuanto a Timor Oriental —con el que también nos unen vínculos históricos y un idioma común— el Brasil acoge con beneplácito el nuevo espíritu que rige en este asunto delicado y complejo, sobre todo en el contexto de las negociaciones tripartitas entre los Gobiernos portugués e indonesio, bajo los auspicios del Secretario General.

El Gobierno del Brasil ha mantenido un diálogo positivo con todas las partes y está dispuesto a prestar ayuda, dentro de sus posibilidades, con miras a alcanzar un

equilibrio adecuado para todos los interesados, con una participación progresiva de los propios timorenses.

Desde que logró la estabilidad económica en 1994, el Brasil ha demostrado un renovado dinamismo con el fortalecimiento de nuestro mercado interno y la perspectiva de un desarrollo con justicia social.

Sin embargo, el Brasil actual no considera su desarrollo como algo aislado o autosuficiente. Somos conscientes de que el destino de nuestra economía está cada vez más vinculado al de las economías de nuestros vecinos y asociados, en el marco de un proceso de integración que ha contribuido en forma decidida al progreso de la región y al bienestar de nuestras sociedades, sobre todo dentro del MERCOSUR.

Los frutos de este proceso sirven no sólo a los objetivos del desarrollo económico sino también, y ante todo, a la causa de la justicia social, que sigue siendo la tarea fundamental de nuestra región.

Acogemos con beneplácito los resultados de la última edición del Informe sobre Desarrollo Humano. Las cifras indican que a pesar de todo lo que queda por hacer, nuestro país ha logrado un progreso social extraordinario durante los últimos 20 años en las esferas de la salud, la educación, la lucha contra la pobreza y la reducción de las disparidades entre las diferentes regiones del país. Aunque todavía enfrentamos enormes desafíos, los brasileños tienen una vida mejor, como lo indica nuestra presencia entre las naciones de mayor desarrollo humano.

De acuerdo con sus políticas internas y el papel regional que desempeña, el Brasil seguirá tratando de lograr una asignación más equilibrada de los beneficios de la interdependencia económica, sin las distorsiones que resultan de las políticas proteccionistas de los países desarrollados.

Estas políticas afectan de manera particularmente cruel a los países en desarrollo y sirven para fortalecer los argumentos de quienes predicán internamente un retorno a los modelos de una economía cerrada. En el contexto actual de la turbulencia económica mundial, debemos exigir que los países desarrollados establezcan una mayor coherencia entre la retórica del libre comercio y sus injustas prácticas comerciales.

El Presidente Cardoso ha declarado que debemos abandonar el camino de la mundialización con exclusión —tanto en el proceso de toma de decisiones como en el de

distribución de los beneficios— y buscar la mundialización con solidaridad en ambas dimensiones.

La reforma y el fortalecimiento de las Naciones Unidas son parte esencial de la construcción de un mundo más solidario.

El Gobierno del Brasil reconoce los progresos significativos que ya se han logrado en términos de modernización estructural y funcional de la Organización. Estamos de acuerdo con el Secretario General cuando dice que la reforma no debe considerarse un acontecimiento sino un proceso, pero no podemos dejar de recalcar que una parte importante de ese proceso está aún pendiente de realizarse.

Para el Brasil, la reforma de las Naciones Unidas implica necesariamente actualizar el funcionamiento y la composición del Consejo de Seguridad, que aún refleja un período de la historia que terminó hace tiempo. Eso no significa —y lo he afirmado anteriormente en este foro— que deban tenerse en cuenta los intereses específicos de uno u otro país. Lo que significa es que deben corregirse las deficiencias fundamentales en cuanto a la legitimidad, el carácter representativo y la eficacia. Continuaremos defendiendo el aumento del número de ambas categorías de miembros, con la presencia en ambas de los países en desarrollo.

Es inconcebible que, en el umbral del nuevo milenio, la reforma de la Organización pueda excluir la reestructuración del Consejo de Seguridad.

La base de la solidaridad mundial es el establecimiento de la confianza entre las sociedades. No hay otro medio de lograrlo si hemos de establecer un ambiente internacional pacífico, estable y constructivo. Nuestra llamada aldea planetaria aún dista de transformarse en una comunidad verdaderamente integrada, en la que los pueblos puedan considerarse participantes del mismo proceso histórico.

Entre los numerosos méritos de las organizaciones internacionales, uno de los más importantes es que ofrecen un marco para la interacción que favorece el desarrollo de un verdadero sentido de comunión universal. Al abordar problemas comunes, los Gobiernos aprenden en la práctica que deben trabajar de consuno en forma cada vez más estrecha. En los foros internacionales estamos creando constantemente una red de relaciones basadas en una identidad y una confianza más firmes entre nuestras naciones y sus dirigentes. Debe haber confianza entre los países, pero éstos también deben tener motivos para confiar en la legitimidad y la eficiencia de las organizaciones y procedimien-

tos multilaterales para encarar sus problemas más importantes.

La dinámica de la vida internacional requiere una actualización constante de los instrumentos de que dispone la comunidad de naciones para poder actuar en forma colectiva ante los mayores desafíos que enfrenta.

Debemos tener el valor de reconocer que nunca han sido tan altos los riesgos y el costo de la dilación. Debemos, sobre todo, estar dispuestos a adoptar las decisiones que puedan restaurar en última instancia la fe en nosotros mismos, en nuestra capacidad de afirmar que la historia continúa y que la estamos orientando hacia un mundo mejor y más justo.

Discurso del Sr. William J. Clinton, Presidente de los Estados Unidos de América

El Presidente: La Asamblea escuchará ahora una alocución del Presidente de los Estados Unidos de América.

El Sr. William J. Clinton, Presidente de los Estados Unidos de América, es acompañado al Salón de la Asamblea General.

El Presidente: En nombre de la Asamblea General, tengo el honor de dar la bienvenida a las Naciones Unidas al Presidente de los Estados Unidos de América, Excmo. Sr. William J. Clinton, a quien invito a dirigir la palabra a la Asamblea General.

El Presidente Clinton (*interpretación del inglés*): Para comenzar, permítaseme dar las gracias a la Asamblea por su muy amable y generosa bienvenida y señalar que, al iniciarse este quincuagésimo tercer período de sesiones de la Asamblea General, el mundo tiene mucho que celebrar. Se ha logrado la paz en Irlanda del Norte tras 29 largos años. Bosnia acaba de celebrar las elecciones más libres de su historia. Las Naciones Unidas están mediando activamente en crisis en distintas partes del mundo antes de que desencadenen guerras. Hoy, más que en cualquier otro momento de la historia, más pueblos deciden su propio destino.

Celebramos el cincuentenario de la Declaración Universal de Derechos Humanos y esos derechos son respetados más ampliamente que nunca. En todos los continentes la vida de las personas se caracteriza por la integridad y el respeto a sí mismas, y ello se debe en gran medida a las Naciones Unidas.

No obstante, como lo saben todos los presentes en este Salón, la promesa de nuestra era se ve acompañada de peligros. Hoy los problemas económicos mundiales plantean la amenaza de socavar la confianza en los mercados libres y la democracia. Los que nos beneficiamos de manera especial de esta economía tenemos la responsabilidad especial de realizar más esfuerzos por mitigar las dificultades y ampliar los beneficios de los mercados mundiales a todos los ciudadanos. Los Estados Unidos están decididos a hacerlo.

Aún nos vemos asolados por el odio de carácter étnico, racial, religioso y tribal; la proliferación de las armas de destrucción en masa y los esfuerzos casi desesperados de demasiados Estados por adquirir tales armas.

Pese a todos los esfuerzos por detenerlo, el terrorismo no está desapareciendo a fines del siglo XX. Es una transgresión continua del artículo 3 de la Declaración Universal de Derechos Humanos, que dice:

“Todo individuo tiene derecho a la vida, a la libertad y a la seguridad de su persona.”

Aquí en las Naciones Unidas, en cumbres internacionales en distintas partes del mundo y en muchas ocasiones en los Estados Unidos, he tenido la oportunidad de abordar este tema en detalle, para describir lo que hemos hecho, lo que estamos haciendo y lo que todavía debemos hacer para combatir el terrorismo.

Hoy deseo hablar a la Asamblea sobre el motivo por el cual todas las naciones deben colocar a la lucha contra el terrorismo entre las máximas prioridades de nuestro programa. Es obvio que este es un motivo de profunda preocupación para nosotros. En los 15 últimos años, nuestros ciudadanos han sido objeto de ataques una y otra vez: en Beirut; sobre Lockerbie; en Arabia Saudita; en nuestro país, en la ciudad de Oklahoma, por uno de nuestros propios ciudadanos; incluso aquí, en Nueva York, en uno de nuestros edificios más concurridos; y, más recientemente, el 7 de agosto, en Nairobi y Dar es Salam, donde estadounidenses que dedicaban su vida a tender puentes entre las naciones —personas muy similares a todos los presentes— perdieron la vida en una campaña de odio contra los Estados Unidos.

Debido a que tenemos el privilegio de ser una nación rica, con gran poderío militar y una presencia activa en todo el mundo para promover la paz y la seguridad, con frecuencia somos objeto de ataques.

Amamos a nuestro país por su dedicación a la libertad política y religiosa, a las oportunidades económicas, al respeto de los derechos del individuo. No obstante, sabemos que muchas personas nos consideran el símbolo de un sistema y de valores que rechazan. A menudo consideran adecuado culparnos de problemas que tienen su verdadero origen en otros lugares.

Sin embargo, no planteamos amenaza alguna a las naciones pacíficas y consideramos que el mejor modo de refutar esas afirmaciones es continuar trabajando en aras de la paz y la prosperidad en todo el mundo. Si nos retiramos de los focos mundiales de tensión, damos la espalda a quienes corren riesgos en pro de la paz y dejamos que se debilite nuestra propia oposición al terrorismo, ello daría a los enemigos de la paz una victoria que nunca deben obtener.

Ahora bien, constituye una grave equivocación considerar al terrorismo como un problema solamente, o incluso en una mayor parte, de los Estados Unidos. De hecho, el terrorismo representa un peligro evidente y real para las sociedades tolerantes y abiertas y las personas inocentes en todas partes. Nadie en este recinto, ni los pueblos que están representados aquí, son inmunes, y ciertamente, no lo es la población de Nairobi ni de Dar es Salam. Por cada estadounidense que allí murió, aproximadamente 20 africanos fueron asesinados y otros 500 resultaron heridos; personas inocentes que realizaban sus quehaceres en una mañana atareada.

Tampoco es inmune la población de Omagh, en Irlanda del Norte, donde los heridos y los muertos eran por igual católicos y protestantes, la mayoría niños y mujeres, dos de las cuales estaban embarazadas; personas que realizaban compras cuando un grupo extremista aferrado al pasado les arrebató su futuro.

Tampoco lo son los japoneses, que resultaron envenenados con gas sarin en el metro de Tokio.

Tampoco lo son los argentinos, que murieron cuando un carro bomba destruyó un centro comunitario judío de Buenos Aires.

Tampoco lo son los habitantes de Cachemira y de Sri Lanka, muertos a causa de viejas animosidades que exigen a gritos una solución.

Tampoco lo son los palestinos y los israelíes, quienes aún pierden la vida año tras año, pese a los progresos que han logrado hacia la paz.

Tampoco lo son los argelinos, que sufren una pesadilla de terror insondable cuyo fin aún no se avizora.

Tampoco lo son los egipcios, quienes por segunda vez estuvieron a punto de perder un Presidente a causa de un magnicidio.

Tampoco lo son los turcos, los albaneses, los rusos, los iraníes, los indonesios y los pobladores de un sinnúmero de otras naciones en las que personas inocentes han sido víctimas del terror.

Ninguna de esas víctimas era estadounidense. Pero cada una de ellas era hijo o hija, esposo o esposa, padre o madre, una vida humana extinguida por el odio ajeno, que dejó un círculo de personas cuyas vidas jamás volverán a ser los mismos.

El terror se ha convertido en el problema del mundo. Por supuesto, algunos alegan que el problema se ha exagerado y dicen que el número de muertes causadas por el terrorismo es comparativamente pequeño, a veces inferior al número de personas que mueren cada año a causa de rayos. Creo que en varios sentidos ello pierde de vista la realidad. Primero, en el decenio de 1990 el terrorismo tiene una nueva faz. Hoy día, los terroristas se aprovechan de la mayor apertura y de la explosión de la tecnología de la información y de los armamentos. Las nuevas tecnologías del terror y su creciente disponibilidad, sumado a la movilidad cada vez mayor de los terroristas plantean espeluznantes perspectivas de vulnerabilidad a ataques químicos, biológicos y de otra índole, lo cual nos coloca en la categoría de posibles víctimas. Esto constituye una amenaza para toda la humanidad.

Más allá del daño físico que ocasiona cada ataque, existe una secuela aún mayor de daño psicológico, difícil de medir y de lenta curación. Cada bomba, cada amenaza de bomba, tiene un efecto insidioso sobre las instituciones libres y abiertas, el tipo de instituciones que todos en este órgano tanto se esfuerzan por construir. Cada vez que

resulta muerto un hombre, o una mujer o un niño, ello hace que el futuro sea más peligroso para el resto de nosotros, ya que cada acción violenta socava la confianza que tan crucial es para la paz y la prosperidad.

Con el activo apoyo de los organismos de las Naciones Unidas, en cada rincón del mundo los pueblos luchan por construir mejores futuros basados en lazos de confianza que los vinculan a sus conciudadanos y a asociados e inversionistas de todo el mundo. El atisbo de una creciente prosperidad en Irlanda del Norte fue un factor fundamental del Acuerdo del Viernes Santo. Pero se necesitó confianza, confianza que no se puede lograr en tiempos de violencia. Podemos evaluar cada ataque mediante las espantosas estadísticas de los muertos y los heridos. Mas, ¿cuáles son las heridas que no podemos medir? En el Oriente Medio, en Asia, en Sudamérica ¿cuántos acuerdos no se han frustrado tras la explosión de bombas? ¿cuántos negocios jamás se crearán en lugares que piden a gritos inversiones de tiempo y de dinero? ¿cuántos jóvenes talentosos de países aquí representados han dado sus espaldas a la administración pública? La interrogante no es sólo cuántas vidas se han perdido en cada ataque, sino cuántos futuros se perdieron como consecuencia de esos ataques.

No existe justificación para matar inocentes. La ideología, la religión y la política, incluso las privaciones y las quejas justas no lo justifican. Debemos procurar comprender las aguas turbias en las que tiene lugar el terror. Por supuesto que tenemos que hacerlo. Con frecuencia en mi propia experiencia he observado que donde la paz está progresando, el terror es un intento desesperado por dar marcha atrás a la historia. El ataque con bomba perpetrado en Omagh se produjo en momentos en que la paz estaba teniendo éxito en Irlanda del Norte. En el Oriente Medio, toda vez que nos acercamos a otro paso hacia la paz, los enemigos de ésta responden con el terror. No podemos dejar que esto aminore nuestro impulso. Después de todo, vencer viejos odios es un salto de fe, un rompimiento con el pasado, y por ende una espantosa amenaza para los que no pueden desprenderse de su propio odio. Debido a que temen al futuro, en estos casos los terroristas tratan de empujar hacia el pasado a los que forjan la paz.

Asimismo, debemos reconocer que esta ira también tiene fuentes económicas. La pobreza, la desigualdad y las masas de jóvenes privados de sus derechos civiles son terreno fértil para el canto de sirena de los terroristas y sus aseveraciones de que procuran la justicia social. Pero la privación no puede justificar la destrucción; ni tampoco la desigualdad puede expiar el asesinato. La matanza de inocentes no es un programa social.

No obstante, nuestra resuelta oposición al terrorismo no significa que seamos indiferentes a las condiciones que lo fomentan. En el más reciente Informe sobre el Desarrollo Humano de las Naciones Unidas se sugiere que la disparidad que existe en el mundo entre los que poseen y los desposeídos va en aumento. Tenemos que esforzarnos más por dar tratamiento a las fuentes de desesperación antes que éstas se transformen en el veneno del odio.

En una oportunidad el Dr. Martin Luther King escribió que el único revolucionario es el hombre que no tiene nada que perder. Debemos demostrar a las personas que tienen mucho que ganar si abrazan la cooperación y renuncian a la violencia. Esto no es simplemente una responsabilidad de los Estados Unidos o de Occidente, es una responsabilidad mundial. Las naciones en desarrollo tienen la obligación de distribuir la riqueza con equidad, crear nuevas oportunidades, construir economías nuevas y abiertas. Las naciones desarrolladas tienen la obligación de ayudar a las naciones en desarrollo a permanecer en el sendero de la prosperidad y estimular el crecimiento económico a nivel mundial. Hace una semana esbocé maneras en que podemos edificar una economía internacional más fuerte para beneficio no sólo de todas las naciones, sino de todos sus ciudadanos.

Algunos creen que la falla principal del terrorismo radica en lo que consideran como la inevitable incompatibilidad entre civilizaciones. Esta cuestión merece que se debata mucho en este gran Salón. Concretamente, muchos creen que existe una incompatibilidad inevitable entre la civilización occidental y sus valores y la civilización islámica y sus valores. Creo que esta opinión es sumamente errónea. Los falsos profetas pueden utilizar y usar indebidamente cualquier religión para justificar cualesquiera objetivos políticos que tengan, incluido el asesinato a sangre fría. Algunos pueden hacer creer al mundo que el propio Dios Todopoderoso, el misericordioso, otorga licencia para matar; pero esa no es nuestra interpretación del islam.

Una cuarta parte de la población del mundo es musulmana, desde África hasta el Oriente Medio y los Estados Unidos, donde el islam es uno de nuestros credos religiosos que está experimentando un crecimiento más rápido. En los Estados Unidos existen más de 1.200 mezquitas y centros islámicos, y ese número aumenta con celeridad. Los 6 millones de estadounidenses que rinden culto en ellos podrán decirles a ustedes que no existe una incompatibilidad inherente entre el islam y los Estados Unidos. Los estadounidenses respetan y honran el islam.

Cuando hablo con líderes musulmanes, en mi país y en todo el mundo, compruebo que compartimos las mismas

esperanzas y aspiraciones: vivir en paz y con seguridad, dar el sustento a nuestra familia, practicar la fe de nuestra elección, construir una vida mejor que la de nuestros padres y darles mejores oportunidades a nuestros hijos.

Evidentemente, no somos idénticos. Hay diferencias importantes en materia de raza, cultura y religión, que exigen nuestra comprensión y merecen nuestro respeto. Pero cada río tiene su punto de cruce. Aun cuando aquí en los Estados Unidos, como en las Naciones Unidas, luchamos por reconciliar a todos los norteamericanos y encontrar una mayor unidad en nuestra creciente diversidad, seguimos manteniendo nuestra posición de amistad y respeto para con el mundo musulmán. Seguiremos buscando valores comunes, intereses comunes y empresas comunes. Comulgo plenamente con el espíritu que reflejan estas palabras de Mahoma: “Las oraciones de las personas que se reúnen para orar juntas consiguen el doble que las que se dicen en el hogar”.

En lo que se refiere al terrorismo, no debe trazarse ninguna línea divisoria entre musulmanes y judíos, protestantes y católicos, serbios y albaneses, sociedades desarrolladas y países nuevos. La única línea divisoria es la que separa a los que practican, respaldan o toleran el terrorismo, de los que comprenden que éste es, simple y llanamente, asesinato.

Si el terrorismo es una prioridad máxima en el programa de los Estados Unidos y debería serlo también en el programa del mundo, ¿cuáles son, entonces, las medidas concretas que podemos adoptar juntos para proteger nuestro destino común? ¿cuáles son nuestras obligaciones comunes? Creo que son, al menos, las siguientes: no brindar apoyo, refugio ni ayuda financiera a los terroristas; ejercer presión sobre los Estados que lo hacen; actuar de consuno para acelerar la extradición y el enjuiciamiento; suscribir las convenciones mundiales contra el terrorismo; fortalecer la Convención sobre las armas biológicas y exigir el cumplimiento de la Convención sobre las armas químicas; promover leyes nacionales más estrictas y un mayor control sobre la fabricación y la exportación de explosivos; aumentar las exigencias en materia de seguridad en los aeropuertos internacionales, y luchar contra los factores que generan violencia y desesperación.

Estamos trabajando para hacer nuestra parte. Nuestros servicios de inteligencia y de imposición de la ley siguen el rastro de las redes de terroristas, en cooperación con los de otros gobiernos. Algunos de los que creemos responsables de los recientes ataques con bombas a nuestras embajadas han sido remitidos a la justicia. A principios de esta semana

voy a pedir a nuestro Congreso que provea financiación de emergencia para la reparación de nuestras embajadas, el refuerzo de la seguridad, la expansión de la lucha mundial contra el terrorismo, y la asistencia a nuestros amigos de Kenya y Tanzania para que curen las heridas que han sufrido. Pero no importa cuánto hagamos nosotros solos, nuestros progresos serán limitados a menos que despleguemos esfuerzos conjuntos.

También haremos nuestra parte en lo que se refiere a combatir las causas de la desesperación y la alienación, a través de la Agencia de los Estados Unidos para el Desarrollo Internacional, en África, Asia, América Latina, Europa oriental, Haití y el resto del mundo. Seguiremos apoyando firmemente la labor del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo, la Oficina del Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Derechos Humanos, la Oficina del Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados, el Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia, el Banco Mundial y la Organización de las Naciones Unidas para la Agricultura y la Alimentación. Además, reconocemos el papel fundamental que desempeñan estos organismos y la importancia de que todos los países, incluidos los Estados Unidos, paguen la cuota que les corresponde.

Para finalizar, permítaseme exhortar a todos a que contemplen el terrorismo desde una perspectiva nueva, a que no lo vean como un choque de culturas, un recurso de la acción política o una respuesta a un llamado divino, sino como un enfrentamiento entre las fuerzas del pasado y las del futuro, entre los que destruyen y los que construyen, entre la esperanza y el miedo, entre el caos y la comunidad.

La lucha no será fácil. Pero las naciones se fortalecerán al sumarse a ella, al trabajar por darle un sentido real a las palabras de la Declaración Universal de Derechos Humanos que firmamos hace 50 años. Es muy, muy importante que lo hagamos juntos.

Entre los autores de la Declaración Universal se encontraba Eleanor Roosevelt. En uno de los muchos discursos que pronunció en apoyo a las Naciones Unidas, cuando éstas recién comenzaban, dijo:

“Todo acuerdo y toda paz se basan en la confianza. No se puede vivir en paz ni llevarse bien con las demás personas del mundo si no se les tiene confianza.”

No es necesario que resolvamos todos los problemas del mundo para que nos tengamos confianza mutua. No es

necesario que estemos de acuerdo sobre todas las cuestiones del mundo para que nos tengamos confianza mutua. Ni siquiera es necesario que comprendamos todas y cada una de las divergencias que nos separan para que nos tengamos confianza mutua. Pero sí es necesario que reforcemos nuestra fe en la supremacía de la Declaración Universal de Derechos Humanos y, en consecuencia, afirmemos juntos que el terrorismo no es el camino que conduce al futuro. Es solamente una regresión al pasado, y juntos, juntos podemos enfrentarlo y superar con confianza las amenazas, los perjuicios y los temores que ocasiona.

El Presidente: En nombre de la Asamblea General, quiero dar las gracias al Presidente de los Estados Unidos de América por la declaración que acaba de formular.

El Sr. William J. Clinton, Presidente de los Estados Unidos de América, es acompañado fuera del Salón de la Asamblea General.

Discurso del Sr. Nelson Rolihlahla Mandela, Presidente de la República de Sudáfrica

El Presidente: La Asamblea escuchará ahora un discurso del Presidente de la República de Sudáfrica.

El Sr. Nelson Rolihlahla Mandela, Presidente de la República de Sudáfrica, es acompañado al Salón de la Asamblea General.

El Presidente: En nombre de la Asamblea General, tengo el honor de dar la bienvenida a las Naciones Unidas al Presidente de la República de Sudáfrica, Excmo. Sr. Nelson Rolihlahla Mandela, a quien invito a dirigir la palabra a la Asamblea General.

El Presidente Mandela (interpretación del inglés): Sr. Presidente: Permítaseme aprovechar esta oportunidad como Presidente de la República de Sudáfrica y como Presidente del Movimiento de los Países No Alineados para expresarle nuestras sinceras felicitaciones por haber sido elegido para ocupar este alto cargo de Presidente de la Asamblea General. Presidirá usted esta honorable Asamblea de las naciones del mundo en momentos en que sus deliberaciones y decisiones serán de suma importancia para que la humanidad en su incesante lucha por fin pueda lograr la paz y la prosperidad mundial.

El Movimiento de los Países No Alineados, así como mi propio país, miembro orgulloso de ese Movimiento, confían firmemente en que esta Organización cumplirá sus

responsabilidades con todas las naciones, especialmente en este período crítico de su existencia.

A lo largo de los años, y como corresponde, este quincuagésimo tercer período de sesiones de la Asamblea General será recordado como el momento en que celebramos el cincuentenario de la adopción de la Declaración Universal de Derechos Humanos. Concebida tras la derrota del crimen contra la humanidad perpetrado por nazis y fascistas, esta Declaración mantuvo en alto la esperanza de que en el futuro todas nuestras sociedades se construirían sobre los cimientos de los gloriosos ideales plasmados en cada una de sus frases.

Para todos los que tuvieron que luchar por su emancipación, como nosotros, los que con la ayuda de las Naciones Unidas nos tuvimos que liberar del sistema criminal del apartheid, la Declaración Universal de Derechos Humanos vindicó la justicia de nuestra causa. Al mismo tiempo, constituyó un desafío para nosotros que nuestra libertad, una vez lograda, debía dedicarse a la aplicación de las perspectivas contenidas en la Declaración.

Hoy celebramos el hecho de que este histórico documento ha sobrevivido cinco decenios turbulentos, en los que han tenido lugar algunos de los acontecimientos más extraordinarios de la evolución de la sociedad humana. Entre ellos figura el derrumbe del sistema colonial, el fin de un mundo bipolar, los sorprendentes adelantos en el ámbito de la ciencia y la tecnología y el logro de un complejo proceso de mundialización.

Sin embargo, a pesar de todo, los seres humanos que son los sujetos de la Declaración Universal de Derechos Humanos siguen siendo las víctimas de las guerras y los conflictos violentos.

Aún no han logrado ser libres del temor a la muerte que les ocasionará la utilización tanto de las armas de destrucción en masa como de las armas convencionales.

Muchos no pueden aún ejercer los derechos fundamentales e inalienables de la democracia que les permitiría decidir el destino de sus países, naciones, familias e hijos y protegerse de la tiranía y la dictadura.

Día tras día, a cientos de millones de personas se les niega el simple derecho de ser humanos como resultado de la pobreza y la privación de elementos básicos, como los alimentos, el empleo, el agua, la vivienda, la educación, la atención de la salud y un medio ambiente sano.

La imposibilidad de alcanzar los ideales contenidos en la Declaración Universal de Derechos Humanos encuentra su expresión más dramática en el contraste entre la riqueza y la pobreza que caracteriza la división entre los países del Norte y los del Sur y dentro de los países en todos los hemisferios.

Esta situación se ha agudizado y constituye un especial desafío por el hecho de que esta coexistencia de la riqueza y la pobreza, la perpetuación de la práctica de solucionar los conflictos entre los Estados y dentro de los Estados mediante la guerra y la negación del derecho a la democracia para muchos en todo el mundo, son el resultado de actos de comisión y de omisión, en particular por parte de los que ocupan posiciones de liderazgo en la política, la economía y en otras esferas de la actividad humana.

Lo que quiero decir es que todos estos males sociales, que constituyen una ofensa a la Declaración Universal de Derechos Humanos, no son un resultado predeterminado de las fuerzas de la naturaleza ni el producto de la maldición de los dioses. Surgen como consecuencia de decisiones adoptadas o no adoptadas por hombres y mujeres, hombres y mujeres que no vacilarán en prometer su dedicado apoyo a los ideales consagrados en la Declaración Universal de Derechos Humanos.

Esta Declaración fue proclamada universal precisamente porque los fundadores de esta Organización y las naciones del mundo que unieron sus fuerzas para luchar contra el flagelo del fascismo, entre ellas muchas que aún tenían que lograr su propia emancipación, entendieron claramente que nuestro mundo humano era un todo interdependiente. Necesariamente, los valores de la felicidad, la justicia, la dignidad humana, la paz y la prosperidad son de aplicación universal porque todos los pueblos y todas las personas tienen derecho a ellos. De la misma manera, nadie puede realmente decir que goza de felicidad, paz y prosperidad cuando otros, tan humanos como ellos, siguen afectados por la miseria, los conflictos, el terrorismo y las privaciones.

Así pues, podemos decir que el desafío planteado para los próximos 50 años de la Declaración Universal de Derechos Humanos, y para el próximo siglo cuyo carácter tiene que ayudar a configurar, consiste en si la humanidad, y especialmente los que ocuparán cargos directivos, tendrán el valor de asegurar que por fin construyamos un mundo humano que esté de acuerdo con las disposiciones de esa Declaración histórica y de los demás instrumentos sobre derechos humanos que se han aprobado desde 1948.

De manera inmediata nos enfrentamos a toda una serie de áreas de conflicto en África, Europa y Asia. Todos conocemos estos conflictos, que van desde la República Democrática del Congo, Angola y el Sudán en mi propio continente, hasta los Balcanes en Europa y el Afganistán, Tayikistán y Sri Lanka en Asia.

Es evidente que esta Organización, y en especial el Consejo de Seguridad, actuando de consuno con las personas de buena voluntad de los países y zonas de que se trata, tiene la responsabilidad de actuar de manera decidida para ayudar a poner fin a estos conflictos destructivos. Constantemente tenemos que luchar para vencer la tendencia primitiva hacia la glorificación de las armas, la adulación de la fuerza, que se basa en el espejismo de que se puede garantizar la justicia con la capacidad de matar, o que las controversias necesariamente se resuelven mejor recurriendo a medios violentos.

Como africanos, agradecemos al Secretario General la contribución que ha hecho para ayudarnos a encontrar la forma de poner fin a la lucha violenta en nuestro continente. Hemos tomado nota de su informe, que reforzará nuestros esfuerzos para eliminar la guerra de nuestras costas. Todavía no he leído totalmente el informe, pero trataré de hacerlo.

La primera resolución de la Asamblea General, aprobada en enero de 1946, trató de hacer frente al desafío de

“... eliminar, de los armamentos nacionales, las armas atómicas así como todas las demás armas principales capaces de causar destrucción colectiva de importancia.” (*resolución 1 (I)*, párr. 5 c))

Tenemos que hacer frente al hecho de que, tras incontables iniciativas y resoluciones, todavía no tenemos propuestas concretas y generalmente aceptadas que estén respaldadas por una clara decisión de los Estados poseedores de armas nucleares de lograr la eliminación rápida, definitiva y total de las armas nucleares y de la capacidad nuclear.

Aprovechamos esta oportunidad para felicitar a la hermana República del Brasil por su decisión de adherirse al Tratado sobre la no proliferación de las armas nucleares (TNP) e instamos a todos los demás que todavía no lo han hecho a que sigan este excelente ejemplo.

En un intento sincero de ayudar a definir las medidas sistemáticas y graduales que hacen falta para eliminar estas

armas y la amenaza de aniquilación que representan, Sudáfrica junto con el Brasil, Egipto, Irlanda, México, Nueva Zelanda, Eslovenia y Suecia, presentará un proyecto de resolución a la Primera Comisión para que lo examine la Asamblea. El proyecto de resolución se titula adecuadamente "Hacia un mundo libre de armas nucleares: la necesidad de un nuevo programa".

Pido con toda humildad a todos los Estados Miembros de las Naciones Unidas que estudien con seriedad este importante proyecto de resolución y que le den su apoyo. Tenemos que hacer la pregunta, que podría sonar ingenua a los que han elaborado sofisticados argumentos para justificar su negativa a eliminar estas armas terribles y aterradoras de destrucción en masa, ¿para qué las necesitan?

En realidad, no se puede dar ninguna respuesta racional para explicar de manera satisfactoria lo que, en definitiva, es una consecuencia de la inercia de la guerra fría y un apego al empleo de la amenaza de la fuerza bruta para hacer valer la primacía de algunos Estados sobre otros.

También hacen falta medidas urgentes para conseguir una paz justa y permanente en el Oriente Medio sobre la base del logro de las aspiraciones legítimas del pueblo de Palestina y el respeto a la independencia y seguridad de todos los Estados de esta importante región. También tenemos interés en que se resuelvan las cuestiones pendientes del Sáhara Occidental y Timor Oriental, convencidos de que es posible eliminar estos asuntos del programa mundial sobre la base de arreglos que satisfagan los intereses de todos los pueblos afectados.

Igualmente, deseamos aplaudir las audaces medidas adoptadas por el Gobierno de la República Federal de Nigeria, este importantísimo país de África, para permitirle el retorno al gobierno democrático y a un sistema de administración pública dirigida a servir los intereses de todos sus habitantes.

Juntos también nos enfrentamos a los flagelos del uso indebido de drogas y del tráfico ilícito de estupefacientes, de la delincuencia transnacional y del terrorismo internacional. Apoyamos con firmeza las medidas que se han adoptado o se están debatiendo en las Naciones Unidas para hacer frente a estos problemas y prometemos que nuestro país y nuestro pueblo cooperarán plenamente en todas las iniciativas regionales e internacionales para velar por que los pueblos del mundo, incluido el nuestro, no sufran los efectos destructivos de estos delitos.

El mundo está agobiado por una crisis económica que, como dijo el Presidente Clinton en esta ciudad hace sólo una semana, ha arrojado a millones de personas a una pobreza repentina y ha trastornado y desorientado las vidas de la gente sencilla. También ha causado una profunda decepción personal a decenas de millones de personas en todo el mundo.

El Presidente Clinton también dijo:

"En recientes informaciones de la prensa se ha descrito a toda una generación que ha tratado de incorporarse a la clase media durante 25 años y se ha visto hundida en la pobreza en cuestión de meses. Las historias son angustiosas: médicos y enfermeras obligados a vivir en el vestíbulo de un hospital cerrado; familias de clase media que poseían sus casas, enviaban a sus hijos a la facultad y viajaban al extranjero y ahora sólo pueden vivir vendiendo sus posesiones."

El Presidente Clinton dijo que "las rápidas corrientes" de la economía mundial

"han creado o agravado los problemas de Rusia y de Asia, y amenazan a las nacientes economías de América Latina y Sudáfrica",

y habló de sacrificar vidas en nombre de la teoría económica.

También reconoció que con una cuarta parte de la población del mundo experimentando un crecimiento en descenso, los Estados Unidos, según palabras del Presidente de la Junta de la Reserva Federal, Sr. Alan Greenspan,

"no pueden ser por siempre un oasis de prosperidad". El crecimiento en casa depende del crecimiento en el exterior."

He citado extensamente al Presidente de los Estados Unidos no sólo porque tiene razón, sino también porque es el líder del país más poderoso del mundo. Por lo tanto, queremos pensar que después de haberse reconocido el problema que enfrenta toda la humanidad, sobre todo los pobres, el coraje no abandonará a los poderosos cuando se trate de determinar el camino correcto a seguir y, al seguir ese camino, cuando llegue el momento de encarar el desafío que ha sido identificado.

La tragedia que describe el Presidente Clinton va mucho más allá del empobrecimiento repentino de la clase

media a que se refirió correctamente. La pobreza ha sido —y es— la condición de la existencia cotidiana de un número aún mayor de trabajadores comunes. Paradójicamente, el desafío de la pobreza en el mundo entero se ha puesto de relieve debido a los rápidos movimientos destructivos de las corrientes de riqueza de una parte del mundo hacia otra.

Dicho claramente, tenemos una situación en la que en vez de que la mayor acumulación de riqueza contribuya a mejorar la calidad de vida de toda la humanidad, está generando pobreza a un ritmo atterradoramente acelerado.

No se puede seguir haciendo caso omiso de la necesidad imperiosa de actuar respecto de este asunto urgente, que es de vida o muerte. No se debe dejar de enfrentar el reto principal que consiste en garantizar que los países del Sur tengan acceso a los recursos de producción que se han acumulado en la economía mundial tratando de hacer responsables a los pobres de la mayor parte posible de la culpa.

Es evidente que todos los asuntos pertinentes tendrán que ser abordados, incluidos asuntos como las mayores corrientes de capital a largo plazo, las relaciones de intercambio, la cancelación de la deuda, la transferencia de tecnología, el desarrollo de los recursos humanos, la emancipación de la mujer y el desarrollo de los jóvenes, la eliminación de la pobreza, la epidemia del VIH/SIDA, la protección ambiental, y el fortalecimiento de las instituciones financieras y de otro tipo que guardan relación con el crecimiento económico y el desarrollo sostenibles.

Afortunadamente, ya nadie discute que también se hará necesario realizar un esfuerzo serio para reestructurar las instituciones financieras y económicas multilaterales a fin de que puedan enfrentar los problemas de la economía del mundo moderno y responder a las necesidades urgentes de los pobres del mundo.

De igual manera, esta Organización misma, incluido su importante Consejo de Seguridad, debe pasar por su propio proceso de reforma a fin de que sirva los intereses de los pueblos del mundo, de conformidad con los propósitos para los cuales fue establecida.

Las cuestiones que hemos mencionado se discutieron de manera amplia en la Duodécima Conferencia Cumbre del Movimiento de los Países No Alineados, celebrada en la ciudad de Durban, Sudáfrica, a comienzos de este mes.

Tengo el privilegio de recomendar a la Asamblea General y a las Naciones Unidas en su conjunto las decisiones de esa importante reunión, incluida la Declaración de Durban, que fue aprobada en la Cumbre por unanimidad. Estoy seguro de que las decisiones adoptadas por el Movimiento de los Países No Alineados ayudarán en gran medida a esta Organización en su labor y promoverán aún más la contribución de los países del Sur a la solución de los problemas que enfrentan las naciones del mundo, tanto ricas como pobres.

Probablemente esta sea la última vez que tenga el honor de dirigirme a la Asamblea General desde esta tribuna. Nací cuando terminaba la primera guerra mundial, y dejo la vida pública cuando el mundo celebra el cincuentenario de la Declaración Universal de Derechos Humanos. He llegado al punto del largo camino en que se me otorga la oportunidad —como debería ser para todos los hombres y mujeres— de retirarme a descansar y a vivir tranquilo en la aldea donde nací.

Sentado en Qunu, mi aldea, y al hacerme viejo, como sus colinas, seguiré abrigando la esperanza de que en mi propio país y en mi propia región, en mi continente y en el mundo, surja un grupo de líderes que no permita que a nadie se le niegue la libertad, como a nosotros; que a nadie se le convierta en refugiado, como a nosotros; que a nadie se le condene a pasar hambre, como a nosotros; que a nadie se le prive de su dignidad humana, como a nosotros.

Seguiré esperando que el renacimiento de África eche raíces profundas y florezca para siempre, sin tener en cuenta el cambio de las estaciones. Si todas estas esperanzas se pueden traducir en un sueño realizable y no en una pesadilla que atormenta las almas de los viejos, entonces tendré paz y tranquilidad, entonces la historia y los miles de millones en todo el mundo proclamarán que valió la pena soñar y esforzarse por dar vida a un sueño realizable.

El Presidente: En nombre de la Asamblea General, quiero dar las gracias al Presidente de la República de Sudáfrica por la declaración que acaba de formular.

El Sr. Nelson Rolihlahla Mandela, Presidente de la República de Sudáfrica, es acompañado fuera del Salón de la Asamblea General.

Discurso del Sr. Blaise Compaoré, Presidente de la República de Burkina Faso

El Presidente: La Asamblea escuchará ahora un discurso del Presidente de la República de Burkina Faso.

El Sr. Blaise Compaoré, Presidente de la República de Burkina Faso, es acompañado al Salón de la Asamblea General.

El Presidente: En nombre de la Asamblea General, tengo el honor de dar la bienvenida a las Naciones Unidas al Presidente de la República de Burkina Faso, Excmo. Sr. Blaise Compaoré, a quien invito a dirigir la palabra a la Asamblea General.

El Presidente Compaoré (*interpretación del francés*): Con emoción, me encuentro ante esta Asamblea en mi doble carácter de Jefe de Estado de Burkina Faso y de Presidente en ejercicio de la Organización de la Unidad Africana (OUA), para exaltar aquí, en este santuario de las naciones, la paz y la concordia entre los seres humanos.

Promover la paz y la seguridad en nuestra era y para las generaciones futuras es el objetivo de las naciones del mundo aquí reunidas. Es también el mensaje que les traigo en nombre de África, convencido de que, albergando esta inmensa esperanza, la Organización de la Unidad Africana y las Naciones Unidas, íntimamente asociadas, pueden velar por el logro de la legítima aspiración de la humanidad a un destino mejor.

No obstante, Sr. Presidente, en primer lugar deseo felicitar a usted, así como a los demás miembros de la Mesa, por haber sido elegidos y por la confianza depositada en ustedes para dirigir la labor de este quincuagésimo tercer período de sesiones hacia una conclusión con éxito. Felicito también a su predecesor, el Sr. Udovenko, por la energía con que desempeñó sus funciones. Al Secretario General y a sus colaboradores les expreso también mis felicitaciones por la labor realizada en tan poco tiempo y les aliento a enfrentar las batallas que aún quedan por ganar. Corresponde al sistema de las Naciones Unidas en su conjunto el mérito de elevar cada vez más la antorcha de la paz.

Este siglo, que está a punto de llegar a su fin, se recordará como el siglo de los grandes desafíos. Seriamente conmocionado por los dos conflictos mundiales, reunió también los recursos necesarios para que doblaran las campanas anunciando la muerte del colonialismo y el *apartheid*.

La liberación de los pueblos y territorios coloniales fue una exigencia histórica para asegurar una justicia, una tranquilidad y un bienestar mayores para nuestra civilización, civilización que comprendió por fin que su supervivencia dependía de la organización de una auténtica seguridad colectiva. No obstante, la guerra fría, que dio lugar al

enfrentamiento bipolar exacerbado por los antagonismos ideológicos, hizo que esa seguridad fuese ilusoria. La paz y la seguridad internacionales no se vieron consolidadas con el fin de la guerra fría. Se vieron seguidas rápidamente de desórdenes y conflictos que ninguna autoridad pudo contener. El resurgimiento de esas crisis y la ineficacia de las soluciones propuestas para resolverlas hacen recordar el suplicio de las Danaides, esos seres de la mitología a quienes se condenó a llenar un barril sin fondo.

El hecho de que la comunidad internacional no haya podido restaurar la paz en Somalia y evitar el genocidio en Rwanda marcará las páginas de la historia del continente africano. Sin duda, este fracaso ha contribuido en gran medida a despertar nuestra conciencia algo aletargada y a que nos situemos de cara a nosotros mismos. Ha revelado a África, que aún podía tener dudas al respecto, las limitaciones de las Naciones Unidas.

Por lo tanto, el siglo XX llega a su fin con esta observación. Chocante por varios motivos para quienes aún vivían con la ilusión de un humanismo secular, esta observación es, por lo menos, realista y corresponde a la nueva era que se avecina. Consiste en que las Naciones Unidas, a las que África tanto ha dado, no pueden dedicar todos sus esfuerzos a ese continente en su lucha por extinguir los múltiples focos de tensión y asegurar su desarrollo. La conclusión a la que ha de llegarse sobre la base de este hecho es más que evidente: África debe reconocer esta realidad y asumirla.

Las deliberaciones de la trigésimo cuarta Asamblea de los Jefes de Estado y de Gobierno de la Organización de la Unidad Africana, celebrada en Uagadugú del 8 al 10 de junio de 1998, se dedicaron esencialmente a esta realidad, que representa un desafío para África y le exige que asuma su responsabilidad al respecto. Al evaluar el alcance y la importancia de las responsabilidades que de ello derivan y que deben asumir, los Jefes de Estado han adoptado la decisión y afirmado su voluntad común de dedicarse plenamente, más que en el pasado, a la prevención, la gestión y el arreglo de los conflictos africanos. Ciertamente, este compromiso hará más visibles los esfuerzos de la Organización de la Unidad Africana (OUA) y de las distintas organizaciones regionales del continente en su búsqueda de soluciones pacíficas a esos conflictos.

Si bien la experiencia de África de hacerse cargo de sus propias cuestiones todavía es muy reciente, se han registrado resultados alentadores en la gestión y la solución de algunos conflictos, resultados que deben celebrarse. Por lo tanto, la tarea no supera la capacidad de los africanos.

Deseo fervientemente que esta experiencia se amplíe a todo el continente, tanto a las crisis de más larga data como a las más recientes. Del norte al sur, del este al oeste, África debe dedicarse a partir de ahora y en forma más sistemática a la gestión y la solución de conflictos en los casos en que la prevención no fue suficiente para garantizar la paz.

Con tal fin, los propios africanos han tomado iniciativas tendientes a fortalecer la capacidad de reacción rápida del continente ante esas crisis. La ventaja de estas iniciativas en relación con todas las demás es que son africanas. A fin de que se desarrollen y se pongan en práctica, necesitan el apoyo sin reservas de la comunidad internacional. Deben desarrollarse en cada subregión, sin excepciones y en armonía.

Los conflictos, cuyo número y complejidad adquieren en África proporciones inquietantes, deben prevenirse, gestionarse y resolverse mediante mecanismos sólidos, dignos de crédito y adaptados a las condiciones locales, mecanismos dedicados a la causa de la paz, sin la que África no puede emprender su desarrollo sostenible.

Es evidente que los problemas del mundo son ingentes, complejos e inquietantes. El hecho de que es sumamente difícil encarar en forma aislada el establecimiento de la paz confiere a la diplomacia multilateral un papel cada vez más preponderante en la solución de conflictos.

Las Naciones Unidas y las organizaciones regionales, como la Organización de la Unidad Africana (OUA), pueden aportar mucho al respecto. La OUA, por ejemplo, dispone de un mecanismo para la prevención, la gestión y la solución de los conflictos. Creado en El Cairo en 1993, ese mecanismo, cuya eficacia y carácter práctico estamos tratando de asegurar, debe ser el crisol en el que se forje una auténtica diplomacia preventiva. Es una exigencia aún más imperiosa habida cuenta de que las consecuencias de los conflictos, ya sean internos o internacionales, son siempre devastadoras.

Por consiguiente, a nivel institucional, estamos en condiciones de responder a los conflictos y estamos dispuestos a hacerlo, ya que, como lo subrayé en la trigésimo cuarta cumbre de la OUA:

“la cuestión de la seguridad y la paz en África incumben en primer lugar a los africanos. Ningún mecanismo puede lograr una eficacia duradera si se pretende imponerlo desde el exterior.”

El Sr. Balestra (San Marino), Vicepresidente, ocupa la Presidencia.

Por supuesto, la solidaridad exterior, si es sincera, siempre se acogerá con beneplácito, dado que en una esfera tan compleja y cambiante las medidas mancomunadas y resueltas sólo pueden ser beneficiosas. Ya he hecho hincapié en que la gestión de las situaciones de conflicto suele requerir que se despliegue un nivel de recursos humanos, materiales y financieros superior a las capacidades de nuestros países. Así pues, las organizaciones internacionales deben continuar demostrando solidaridad y asociación con África.

Por consiguiente, exhorto a las Naciones Unidas a que, con su gran experiencia, contribuyan no sólo a fortalecer estructuralmente el mecanismo para la prevención, la gestión y la solución de los conflictos en África, sino también a prestar apoyo técnico y logístico, puesto que, en definitiva, compartimos el mismo ideal: garantizar a nuestro mundo la seguridad y la paz fundamentales para su desarrollo y florecimiento.

En esta prueba de la solidaridad internacional una cosa es cierta: sin lugar a dudas y ante todo África debe valerse por sí misma. Nosotros los africanos somos conscientes de que para ser amos de nuestro destino tenemos que forjarlo nosotros mismos. En respuesta a este imperativo ningún Estado de nuestro continente ha escatimado ningún sacrificio para establecer un clima interno propicio al crecimiento y al desarrollo sostenible. Tras los años de incertidumbre y estancamiento, África ha entrado en una nueva era, caracterizada por una evidente recuperación económica tras reformas audaces y también por una mayor austeridad y racionalidad en la gestión de los asuntos públicos y estatales. Este movimiento hacia la transparencia en la gestión y la buena administración de los asuntos públicos ha venido acompañado del establecimiento de subregiones homogéneas en las que el destino común de los africanos se forja cotidianamente, gracias a la armonía sostenida de nuestros principios y políticas de integración, cuyo objetivo final es el establecimiento de una comunidad económica africana en la primera mitad del siglo XXI.

Actualmente África encara dos problemas: la paz y la estabilidad política, por un lado, y el desarrollo sostenible, por el otro. En su lucha y esfuerzos diarios por salir del subdesarrollo, los Gobiernos y los pueblos africanos no están solos. Ellos saben cómo confiar en el sincero apoyo de sus amigos. Esto incluye el sistema operacional de las Naciones Unidas para el desarrollo, al que deseo encomiar por su dedicación a la edificante lucha contra la pobreza y

otras formas de carencia que aquejan a los pueblos africanos.

Por consiguiente, es lamentable que los organismos de las Naciones Unidas que obran en el corazón de la lucha por la seguridad humana en África, como el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo y el Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia, por sólo citar dos, estén experimentando una lenta disminución de sus recursos financieros, mientras que la misión que se les ha encomendado exige que se redoblen los esfuerzos y los recursos. Es por ello que exhorto a todos a que hagan patente su buena voluntad y aporten al sistema operacional de las Naciones Unidas para el desarrollo los recursos que necesita para ayudar a África a hacer frente a los problemas de la paz y el desarrollo.

Lo mismo es válido respecto de la cuestión de la deuda. Sería conveniente que a los países que llenan los requisitos se les reprogramase su deuda al tiempo que inicien reformas. Huelga recordar que la deuda es una carga insoportable para nuestras aún frágiles economías.

La mundialización nos ofrece los medios y las ventajas necesarias para tener éxito en las empresas más audaces, siempre que determinemos con claridad nuestros objetivos y hagamos que nuestros pueblos participen en la difícil tarea de impulsar a África por el sendero del progreso. Es incontrovertible que la mundialización, que entraña un espíritu de asociación, limita la independencia y las iniciativas de los Estados. No obstante, ¿puede la humanidad seguir floreciendo si la disparidad entre las naciones ricas y las pobres, entre los acaudalados y los desposeídos en una misma nación se agranda inexorablemente?

Por lo tanto, ha llegado la hora de reflexionar seriamente sobre la responsabilidad de las instituciones internacionales en la tarea de reglamentar la economía mundial con el fin de garantizar un equilibrio entre el crecimiento económico y la prosperidad social. Para lograrlo, es más que indispensable y más que oportuno emprender la reestructuración de las Naciones Unidas, y especialmente del Consejo de Seguridad, con miras a transformarlas en un instrumento para la aplicación de los principios de justicia, equidad y democracia.

África representa una tercera parte de los Miembros de las Naciones Unidas. Por ello es inaceptable que, tras más de 50 años de existencia de nuestra Organización, todo un continente, África, no figure entre los miembros permanentes del Consejo de Seguridad, en el que, paradójicamente, se debaten problemas que en su mayoría son africanos.

El Presidente vuelve a ocupar la Presidencia.

Si las Naciones Unidas aplicaran el principio de equidad, ¿continuarían las sanciones contra la Jamahiriya Árabe Libia a pesar de la opinión de la Corte Internacional de Justicia y, sobre todo, pese a las decisiones y resoluciones de los Jefes de Estado de la Organización de la Unidad Africana, la Liga de los Estados Árabes, la Organización de la Conferencia Islámica y el Movimiento de los Países no Alineados en las que se exhorta a que esas sanciones se levanten? Hoy, en la resolución 1192 (1998) del Consejo de Seguridad, se ha subrayado la primacía del derecho para resolver esta controversia, y la mayoría de las naciones de nuestra Organización mundial abrigan la esperanza de que se satisfagan las condiciones de transparencia en interés de las víctimas y del pueblo libio.

Además, África espera que el Consejo de Seguridad envíe una misión de investigación al Sudán a raíz del bombardeo de la fábrica de productos farmacéuticos de Jartum.

África condena enérgicamente el terrorismo en todas sus formas y manifestaciones e insta a la Organización mundial a que cree las condiciones necesarias para que se realice un debate franco sobre esta cuestión y que se tomen medidas enérgicas y mancomunadas contra este fenómeno, y a la vez se tenga en mente que las iras y las frustraciones sin resolver generadas por las condiciones económicas o históricas restringen nuestra capacidad de acción.

En ese mismo tenor, ¿pueden las Naciones Unidas seguir negando la realidad jurídica e internacional de un Estado como la República de China en Taiwán, cuyos 22 millones de hombres y mujeres están excluidos de hacer contribuciones a las actividades de nuestra Organización?

Me hallo entre los que creen que África está en el sendero de la esperanza. Sigo convencido de que los obstáculos económicos, políticos, culturales y sociales que África encara exigen enérgicamente que sus hijos vuelvan a descubrir el camino hacia la unidad que les permitirá asumir el control eficaz de su destino. Sin unión, África permanecerá en la periferia de la historia. El sentido común nos dice que los africanos tenemos que deshacernos de una vez por todas de esa imagen de la mano tendida que nos persigue y elaborar los pactos de amistad, dignidad y orgullo que tanta solidaridad y generosidad conferirán. Esta búsqueda de la independencia no niega la importancia de la solidaridad entre los pueblos. Significa lograr un nuevo entendimiento de los derechos humanos de los pueblos;

significa asumir la responsabilidad de saber cómo seguir siendo nosotros mismos.

El Presidente: En nombre de la Asamblea General, quiero dar las gracias al Presidente de Burkina Faso por la declaración que acaba de formular.

El Sr. Blaise Compaoré, Presidente de Burkina Faso, es acompañado fuera del Salón de la Asamblea General.

Discurso del Sr. Julio María Sanguinetti, Presidente de la República Oriental del Uruguay

El Presidente: La Asamblea escuchará ahora un discurso del Presidente de la República Oriental del Uruguay.

El Sr. Julio María Sanguinetti, Presidente de la República Oriental del Uruguay, es acompañado al Salón de la Asamblea General.

El Presidente: En nombre de la Asamblea General, tengo el honor —especial en este caso— de dar la bienvenida a las Naciones Unidas al Presidente de la República Oriental del Uruguay, Excmo. Sr. Julio María Sanguinetti, a quien invito a dirigir la palabra a la Asamblea General.

El Presidente Sanguinetti: El Uruguay, Miembro fundador de las Naciones Unidas, llega hoy a esta Asamblea con la alegría, el orgullo y hasta la emoción de que usted, Sr. Presidente, un compatriota nuestro, representando al Uruguay, sea quien presida esta Asamblea.

El Uruguay fue Miembro fundador de las Naciones Unidas y a lo largo de todo su extenso periplo ha sido uno de sus más activos participantes en todas sus instancias, aun con el tributo de sus mejores soldados, que viven ofrendando todos los días su vida en las difíciles misiones de paz que organizan las Naciones Unidas.

Nuestro país llegó en aquellos años a esta Organización abrevando en el sueño y en la ilusión de un mundo que se reconstruía para construir un tiempo de paz, de prosperidad, de estabilidad. No llegó, naturalmente, con sueños de potencia, que no podían instalarse en la dimensión territorial de un territorio menguado o de una economía relativamente pequeña. Pero sí con el sueño que había inspirado a todos los grandes estadistas, el de ser un pequeño país modelo, aquel país que en el siglo pasado había universalizado la educación laica gratuita y obligatoria, aquel país que había construido un Estado de bienestar y una sólida clase media

como asiento de su democracia política. Un país que se sintió así parte fundamental del desarrollo democrático de las naciones.

Desgraciadamente, no estuvimos exentos de los rebotes y de las consecuencias de la guerra fría, que en América Latina, como saben ustedes, fue sangrienta y ardiente, con los hemisferios entonces en pugna disputando posiciones: de un lado una guerrilla, del otro lado un golpismo, que aparecían con una dialéctica infernal en la cual las democracias eran heridas y a veces hasta caían.

Los últimos años muestran un Uruguay que avanza en su economía, que avanza en su prosperidad, un Uruguay que, precisamente en el Índice de Desarrollo Humano de las Naciones Unidas que acaba de salir, vuelve a avanzar; es el tercer país de todos los países en vías de desarrollo y podemos decir que hemos alcanzado, en los indicadores de pobreza, los mejores de nuestro hemisferio.

Llegamos hoy, sin embargo, aquí, a esta reunión, no sólo con la preocupación de las instituciones de esta Organización, con las preocupaciones de la paz que siempre aquí presiden el espíritu de esta Asamblea, sino también con el fantasma de una crisis que comenzó siendo financiera y asiática y hoy es una crisis económica global que a todos nos alcanza. Y esto, sin duda, merece una particular preocupación. Cuando vemos las bolsas arrebatarse en microclimas de psicosis, cuando vemos tantos fenómenos irracionales difundirse, sentimos, con Anatole France, que la vida es una lucha entre fuerzas de las cuales a veces no podemos saber cuál es la más fuerte; a veces parecen predominar la ciencia y la inteligencia, a veces parecen predominar la locura y el temor. Y esto es parte también de este fenómeno que comienza financiero, pero que se instala luego también en un fenómeno psicológico muy particular. El tema es que, como latinoamericanos, debemos una vez más asumir esta situación. Y también como Estado miembro de una comunidad internacional. El siempre recordable Shakespeare cuando se trata de grandes dramas, decía:

“Es el destino el que baraja las cartas, pero somos nosotros los que jugamos.”

Y ese es nuestro desafío hoy: cómo jugar delante de esta crisis. Crisis que puede llegar a afectar no sólo las finanzas y la economía, sino también la estabilidad democrática de los países, su tranquilidad social, aquellos valores que nos son fundamentales y que a todos nos inspiran aquí.

En el decenio de 1980 América Latina vivió años muy difíciles desde el punto de vista económico. Con error —a

mi juicio— se suele hablar de una década perdida, y digo con error porque fueron los años en los cuales se consolidó el más vigoroso proceso de democratización que conociera nuestro continente y que le ha permitido tener hoy más democracia que nunca, más libertad que nunca, en el cual se ve cómo aun países que nunca habían tenido democracia están construyendo las repúblicas, sus instituciones y la formación de sociedades.

El hecho es que, a partir de esa crisis, nuestros países realizaron enormes esfuerzos de reconversión, bajaron su inflación, abrieron sus economías, comenzaron vigorosos procesos de integración: en la zona andina, México en el norte, nosotros en el sur, Argentina, Brasil, Uruguay, ahora Bolivia y Chile como asociados. Y todo ello significó una América Latina que volvió a crecer, que volvió a ser un escenario para las inversiones, una América Latina que de ese modo pudo compatibilizar el retorno democrático y la paz que venía ganando con ese crecimiento económico.

Nos encontramos ahora, entonces, con la alternativa de esa nueva crisis. ¿Qué hacer, entonces, ante ella? Lo primero, desde nuestro punto de vista, es consolidar y apoyar la Organización y la comunidad internacional. Aquí, en esta institución, que es precisamente un himno al internacionalismo, más que nunca también en el terreno económico debemos sentirlo. El Fondo Monetario Internacional, el Banco Mundial, para nosotros el Banco Interamericano de Desarrollo, principal fuente de financiamiento de nuestro hemisferio, son las herramientas con las cuales hoy contamos. Y debemos fortalecerlas.

Por cierto que esta crisis, una vez que pase, nos dejará consecuencias. De algún modo flota hoy sobre el mundo el debate entre Lord Keynes y Harry White cuando en Bretton Woods precisamente se forma y se constituye el Fondo Monetario Internacional. Y el economista británico sostenía la necesidad de un banco central de bancos centrales. Sin traer aquí hoy ese debate, creo que él sí tendrá que abrirse una vez que pase el momento álgido de esta crisis, porque de lo que se trata es de prevenir, de lo que se trata es de lograr una economía de mercado que realmente funcione.

Todos debemos sentir y saber que el origen de esta crisis está identificado. Acá se parte primero de un exceso de especulación que se ha visto claramente reflejado en las bolsas. Se parte también de los desequilibrios macroeconómicos de muchos Estados que a tiempo no han sabido cerrar esos desequilibrios, fundamentalmente sus brechas fiscales y que luego, en definitiva, han sido fundamentales para generar esta situación.

Por suerte, tanto la economía norteamericana como la europea lucen aún asentadas con solidez. El Japón es el país del cual todos estamos esperando una recuperación para que las medidas hoy en curso nos permitan mirar con mucha más serenidad y con mucha más tranquilidad el futuro de esto que, sin duda, puede ser largo. Como decía el Canciller brasileño hoy, es imprevisible la magnitud y la duración de esta crisis. Lo que no debe ser imprevisible es la conducta de los Estados.

Razón por la cual, entonces, es fundamental que actuemos en una dirección que apunte justamente a cerrar y terminar con esos desequilibrios financieros y a no incurrir en los errores y tentaciones en los cuales estas crisis pueden ocurrir. Y hay dos fundamentales. Uno que no debemos pensar que es encerrándonos en un neoproteccionismo que vamos a salir de la crisis.

Por el contrario, ya en América Latina tuvimos la experiencia también en el decenio de 1980 cuando la crisis de la deuda externa. Hubo quienes preconizaron la idea de no pagar la deuda y, en definitiva, de algún modo retornar a economías más protegidas. Hubo quienes pensamos que, por el contrario, debía refinanciarse la deuda, incorporarnos a la comunidad internacional más activamente y de ese modo volver a crecer. Sólo creciendo las economías podía la deuda externa algún día ser un fenómeno administrable. Los primeros desgraciadamente no tuvieron suerte y felizmente los segundos sí; por ese camino pudimos lograr que esa deuda externa se refinanciara, retornaran las inversiones y en definitiva el crecimiento permitiera solventarlas con eficacia y obtener así mejores condiciones de vida para los pueblos.

En el desorden y en la especulación no son por cierto los más necesitados aquellos que van a prosperar. Por el contrario, serán justamente los especuladores los que renovarían sus posibilidades de adquirir ganancias en perjuicio de las comunidades mayoritarias.

Ese es entonces el camino que hoy vemos claramente definido para esta situación. Y todos debemos redoblar esfuerzos en esa dirección, pensando en que tendremos también que llegar a un refortalecimiento de esa comunidad financiera internacional, de modo de que exista una verdadera red de seguridad internacional que nos permita trabajar con tranquilidad.

Naturalmente, es una gran responsabilidad la de los países líderes económicamente. El Presidente Clinton dijo la semana pasada que esta era la crisis económica y

financiera más importante de este segundo medio siglo. Y sin duda lo es. Razón demás entonces para que las grandes economías asuman las responsabilidades que les corresponden y para que otras economías más pequeñas, como la nuestra que busca fundamentalmente proyectarse hacia condiciones cada día más equitativas de vida, traten de no ser los mensajeros de malas noticias, ya que no tienen la capacidad y la posibilidad de ser aquellos que les puedan dar buenas noticias al mundo.

Se trata entonces de preservarnos de ese riesgo de un neoproteccionismo peligroso y de que sigamos así bregando por mercados cada día más abiertos, cada día más transparentes en los cuales desaparezcan en definitiva los subsidios que aún persisten de parte de los grandes Estados, tanto de los Estados Unidos como de la Comunidad Europea, subsidios fundamentalmente agrícolas que sin ninguna duda son un factor de perturbación en la vida económica internacional y que deben superarse. Si algo nos enseña la crisis es que hay que buscar equilibrios, y esos equilibrios no se van a encontrar en definitiva con subsidios que siguen proyectando la posibilidad de sectores económicos artificiales.

También debemos prevenimos de los mesianismos demagógicos. Y esa es la proyección política de esta crisis. Por eso es que conjurarla y resolverla con la cooperación internacional y con medidas precisas es muy importante también en el terreno de la vida democrática. Cuando se producen estas inestabilidades es el momento en que aparecen mesianismos, demagogias, todos esos artífices de pirotecnias de la prosperidad que siempre han terminado conduciendo a los pueblos a sus desgracias, y a los cuales tampoco debemos ofrecerles a través de la inestabilidad una oportunidad renovada.

Esto es entonces una crisis financiera pero también económica y hace también en definitiva a la democracia política. Es el capítulo fundamental a través del cual debemos seguir trabajando aquí.

Lo que ocurre es que también nuestro mundo vive hoy un cierto desconcierto. En el año 1989 pareció que, triunfante la economía de mercado frente a la economía socialista y triunfante la democracia liberal frente al mundo comunista, entrábamos en un tiempo de tranquilidad, en un tiempo de estabilidad, en un tiempo en que la vieja dialéctica hegeliana cedía paso a un mundo de síntesis, lo que se llamó el fin de la historia, lo que otros llamaron pensamiento único. Sin duda, en un error simplista.

Como error simplista sería hoy a la inversa pensar que hemos entrado de nuevo en esa tan anunciada crisis del

capitalismo. En mi larga vida política ya he sido invitado muchas veces al funeral del capitalismo y los tiempos han mostrado en definitiva que la economía de mercado, con su capacidad de dinámica y con su espíritu de iniciativa, volvía nuevamente a recuperarse. Y así va a ser ahora porque nadie indica en definitiva una alternativa mejor.

Lo que se trata entonces es de no caer en otro simplismo. El simplismo de imaginarnos que así como en algún momento se creyó que simplemente la liberación del mercado iba a producir el resultado milagroso de lograr el crecimiento y la equidad, tampoco ahora podemos retornar al pasado e imaginar que a través de economías cerradas, a través de proteccionismos más acusados, o a través de autoritarismos incluso es como vamos a poder resolver esta situación, que por el contrario, más que nunca, debemos guiar por esos principios democráticos.

Nadie tiene, en definitiva, entonces un código de ruta. Razón demás entonces para afirmarnos en los principios básicos. El primero la democracia política, lo que nos convoca, como decía hace un rato el Presidente Clinton, a combatir contra el terrorismo en todas sus formas. El terrorismo que con su violencia agrede desde afuera a la democracia y también a combatir a aquellos enemigos que la democracia genera desde adentro. Porque a veces se ha tenido que sufrir el exceso de la pasión política, que en ocasiones lleva a la división entre los países, la intolerancia, el odio racial, el abuso del poder económico, el abuso de los medios de comunicación, factores todos que dentro de una democracia y usados sin el necesario freno ético pueden conducir a debilitarla.

Del mismo modo que también tenemos derecho a reclamarle al ciudadano participación. No es con un ciudadano indiferente y alejado que vamos a vigorizar esa democracia. Y esa democracia estará naturalmente asociada a un Estado eficiente; sólo un Estado eficiente puede ser solidario; si el objetivo es mejorar la vida de nuestros pueblos sólo es posible a través de un Estado que no sea un mecanismo de despilfarro sino por el contrario un instrumento vigoroso para promover las fuerzas de la sociedad. Del mismo modo una economía de mercado sí, y a su vez un comercio cada día más abierto con sólidas normas que nos preserven de la competencia desleal y de la misma manera un proceso de integración como los que estamos llevando a cabo los países de América Latina para así poder incorporarnos al mundo con una economía de escala adecuada para mejorar nuestras producciones.

También hay que pensar en aquellos valores esenciales de nuestra sociedad, como la familia, núcleo esencial

histórico de nuestra civilización, y a causa de cuyo debilitamiento hemos tenido que pagar tantos tributos. En definitiva, los males de la droga son hoy un factor que muestra el flagelo espiritual de sociedades que han perdido, en el desarrollo económico, la apreciación de los valores espirituales, que han debilitado la familia y, en definitiva, en un mundo de imágenes, de vacuidad, de fugacidad han generado una situación de vacío que está en la raíz de ese fenómeno, en la búsqueda de esos paraísos artificiales que pretenden sustituir lo que es el sentido de la vida.

Y estos valores espirituales debemos acentuarlos hoy para darle real contenido a la democracia, ya que tenemos que ser pragmáticos en lo económico, pero sabiendo que sólo con pragmatismo no vamos a mantener viva la esperanza de los pueblos. Más que nunca es que tenemos que acentuar esos valores de familia, esos factores de dignidad humana y esos factores también de universalidad de los derechos humanos a los cuales se ha referido aquí hace un rato nuestro amigo el Presidente Mandela. Todos debemos respetar las particularidades étnicas, todos somos iguales. En definitiva, todos debemos luchar contra las diferencias raciales, todos debemos ser muy respetuosos de la diversidad de las culturas. Pero ninguna diversidad étnica o cultural autoriza a esclavizar a las mujeres o a matar a los hombres. Y esos son valores universales que están en la esencia de la Declaración Universal de Derechos Humanos y que no sólo debemos proclamar sino practicar.

Como decía Toynbee, “La civilización no es una condición sino un movimiento. La civilización nunca es un puerto, es un viaje”. Razón por la cual, entonces, hay que tener claras cuáles son las estrellas que nos van a guiar en esa navegación. En éstas es en las que cree el Uruguay.

El Presidente: En nombre de la Asamblea General, quiero dar las gracias al Presidente de la República Oriental del Uruguay por la declaración que acaba de formular.

El Sr. Julio María Sanguinetti, Presidente de la República Oriental del Uruguay, es acompañado fuera del Salón de la Asamblea General.

Discurso de la Sra. Chandrika Bandaranaike Kumaratunga, Presidenta de la República Socialista Democrática de Sri Lanka

El Presidente: La Asamblea escuchará ahora un discurso de la Presidenta de la República Socialista Democrática de Sri Lanka.

La Sra. Chandrika Bandaranaike Kumaratunga, Presidenta de la República Socialista Democrática de Sri Lanka, es acompañada al Salón de la Asamblea General.

El Presidente: En nombre de la Asamblea General, tengo el honor de dar la bienvenida a las Naciones Unidas a la Presidenta de la República Socialista Democrática de Sri Lanka, Excm. Sra. Chandrika Bandaranaike Kumaratunga, a quien invito a dirigir la palabra a la Asamblea General.

La Presidenta Kumaratunga (interpretación del inglés): Sr. Presidente: En primer lugar, permítame que le transmita las cordiales felicitaciones de Sri Lanka por su bien merecida elección. Le deseamos éxito y no dudamos de que usted dirigirá los trabajos de este período de sesiones con sabiduría, habilidad y dedicación.

La Asamblea tiene una deuda de gratitud con el Excmo. Sr. Hennadiy Udovenko por su inteligente y sagaz liderazgo como Presidente de la Asamblea General en su quincuagésimo segundo período de sesiones.

Este año Sri Lanka celebra el cincuentenario de su independencia. Obtuvimos nuestra libertad en 1948, poniendo fin a casi cinco siglos de dominación colonial. Hemos acogido en nuestra tierra a todas las grandes religiones del mundo: el budismo, el hinduismo, el islam y el cristianismo. Somos una sociedad multiétnica y multicultural. Estamos firmemente comprometidos con la vida democrática. Nuestro pueblo ha ejercido el voto universal desde 1931. Tenemos un sistema parlamentario de gobierno donde se celebran periódicamente elecciones y la participación electoral es especialmente elevada, hasta el 80% por término medio. Tenemos un sistema judicial independiente y una prensa libre. Se respeta el estado de derecho. Los derechos fundamentales están garantizados y pueden defenderse ante los tribunales. Vigilamos constantemente la protección de los derechos humanos, incluso ante graves provocaciones de algunos elementos incontrolados que insisten en destruir nuestra sociedad democrática.

Poco después de lograr la independencia Sri Lanka pasó a ser Miembro de las Naciones Unidas. En el preámbulo de la Carta los fundadores expresaron la determinación de preservar a las generaciones venideras del flagelo de la guerra. Reafirmaron su fe en los derechos fundamentales del hombre. Prometieron establecer unas condiciones bajo las cuales pudiera mantenerse el respeto a las obligaciones

emanadas de los tratados y de otras fuentes del derecho internacional, así como promover el progreso económico y social de todos los pueblos. Las Naciones Unidas han conseguido mantener la promesa básica de proteger al mundo del holocausto de un conflicto mundial.

Pero más de 50 años después de que se redactara la Carta no podemos llegar a la conclusión de que el mundo sea ahora un lugar más seguro que cuando se fundaron las Naciones Unidas. El desarme nuclear general sigue siendo un sueño lejano. Las armas nucleares y las armas de destrucción en masa han proliferado, sin preocupación por la seguridad de la humanidad a pesar del Tratado sobre la no proliferación de las armas nucleares (TNP) y del Tratado de prohibición completa de los ensayos nucleares. Los miembros del club nuclear que poseen estas armas no se muestran dispuestos a desmantelarlas, aun cuando ha terminado la guerra fría y han disminuido los conflictos interestatales. Las Naciones Unidas tienen la responsabilidad de redoblar sus esfuerzos para lograr el desarme general. Es una obligación que tenemos con la humanidad y las generaciones futuras. No aceptamos la tesis de que estas armas están seguras en manos de algunos.

El Movimiento de los Países No Alineados ha venido pidiendo desde hace tiempo que la Conferencia de Desarme establezca, como máxima prioridad, un comité para iniciar negociaciones sobre un programa destinado a lograr la eliminación total de las armas nucleares dentro de un plazo determinado.

En 1976 mi madre, la Sra. Sirimavo R. D. Bandaranaike, al dirigirse a la Asamblea como Primera Ministra de Sri Lanka y Presidenta del Movimiento de los Países No Alineados, se refirió al desarme con las siguientes palabras:

“El desarme general y completo ha sido un objetivo declarado de las Naciones Unidas y de la comunidad internacional durante casi tres decenios.

Pese a muchas iniciativas tomadas por esta Organización ... el mundo no ha presenciado ni siquiera algo que se parezca al desarme, sino una carrera por la supremacía en el poder destructivo basada en el mito de que la paz sólo puede ser preservada por unilaterales y estridentes preparaciones para la guerra y el perfeccionamiento y refinamiento de sus técnicas. Es ciertamente triste reflexionar sobre las normas morales e intelectuales del siglo XX, sobre sus valores y prioridades, cuando se piensa que muchos de los recursos mundiales que podrían haberse dedicado a la erradicación de la pobreza, la ignorancia, las

enfermedades y el hambre se consagran en cambio a la producción de armas monstruosas ...

Las naciones no alineadas ... no aceptan la tesis de que el desarme es el coto especial de las Potencias que poseen todos los instrumentos de la guerra. Cada nación y cada individuo tiene derecho a la paz y, puesto que la paz es indivisible, también lo es la responsabilidad de su mantenimiento. Así se explica el llamamiento de las naciones no alineadas para que se convoque a un período extraordinario de sesiones de la Asamblea General consagrado al desarme y para que se celebre una conferencia mundial.” (A/31/PV.11, párrs. 37-39)

En la reciente Cumbre del Movimiento de Países No Alineados, celebrada en Sudáfrica bajo la dirección del Presidente Nelson Mandela, el Movimiento manifestó una vez más su preocupación por el tema del desarme nuclear en el mundo. En los próximos años, el clamor por lograr el desarme aumentará en la gran mayoría de naciones. El Movimiento No Alineado ha pedido siempre que la Conferencia de Desarme, con base en Ginebra, establezca, con carácter prioritario, un comité especial para que se inicien negociaciones sobre un programa que tenga como objetivo lograr la eliminación total de las armas nucleares dentro de un plazo determinado. Existe además una propuesta relativa a una convención sobre las armas nucleares. Al acercarnos a un nuevo milenio debemos enfrentar estas tareas. Cuanto más tiempo evadamos nuestra responsabilidad, mayor será el peligro que nos espera.

Hoy tengo el honor y el privilegio de dirigirme a esta Asamblea como el nuevo presidente de la Asociación del Asia Meridional para la Cooperación Regional (AAMCR), que se reunió en Colombo hace unos meses. La AAMCR representa a una quinta parte de la humanidad. El Asia meridional tiene una rica y compleja pluralidad de tradiciones culturales y religiosas muy antiguas.

Al igual que cualquier otra asociación de Estados soberanos, tenemos nuestra cuota de problemas, pero deseo señalar que estoy firmemente convencida de que nuestras reuniones en la cumbre del año pasado y de este año han marcado un hito en la vida de nuestra asociación. Nuestros líderes están conscientes de las enormes obligaciones que tenemos para con cientos de millones de seres que viven en nuestra región. Estamos decididos a dejar de lado las divergencias políticas que afectan negativamente las relaciones entre algunos de nosotros, en un esfuerzo común y unido por mejorar la calidad de vida de nuestros pueblos.

El mensaje que traigo de la Cumbre de Colombo es que las perspectivas de una mayor cooperación económica, tecnológica, social y científica en nuestra región son extremadamente favorables. Esta es la voluntad de nuestros líderes, que se manifestó enérgicamente en la Cumbre de Colombo. Agradezco profundamente a los demás Jefes de Estado y de Gobierno su asesoramiento y cooperación tan valiosos, y en particular agradezco a los Primeros Ministros de la India y el Pakistán el maravilloso espíritu de amistad y comprensión que demostraron con respecto a los intereses y preocupaciones colectivos de la región.

Al igual que el Movimiento No Alineado, la AAMCR también reconoce que las corrientes gemelas de la mundialización y la liberalización, que nos están rodeando, traen consigo la posibilidad de la prosperidad, por una parte, y la semilla de un nuevo y peligroso proceso de desarrollo desigual, por la otra. Debemos recordar que los países en desarrollo requieren una consideración especial debido a los problemas que enfrentan al mundializar sus economías.

Sin embargo, lo que queda totalmente claro es que ningún Estado, ni siquiera el más poderoso, puede esperar permanecer inmune a los males y contagios económicos. Se han expandido ampliamente las ondas que provienen de los disturbios económicos del Asia oriental y de Rusia. Los males que surgen de la mundialización económica requieren soluciones de alcance global, soluciones que deben tomar en cuenta los padecimientos de todos los Estados, y que no deben basarse exclusivamente en las recomendaciones de los que aparentemente están seguros.

Los órganos de las Naciones Unidas deben desempeñar un papel fundamental en todo esto, especialmente a través de facilitar y promover la cooperación internacional para lograr un desarrollo equitativo que pueda resistir el contagio económico que hoy nos aflige. El mecanismo monetario internacional ha demostrado ser muy inadecuado para enfrentar las recientes crisis. Tenemos ahora que pensar en una nueva arquitectura financiera para obtener reformas radicales en el sistema monetario internacional con el propósito de lograr un equilibrio entre los ajustes que se requieren y la financiación disponible.

Deseo proponer tres esferas de acción que merecen una consideración seria: primero, que se establezca un servicio de "prestamista de última instancia" para enfrentar los problemas de los movimientos volátiles de capital; segundo, que se establezcan mecanismos internacionales de supervisión eficaces a fin de adelantarse a los problemas antes de que lleguen los destacamentos de demolición de los especuladores; y, tercero, que la reanudación de los derechos

especiales de giro del Fondo Monetario Internacional (FMI) sea un requisito vital de la reestructuración propuesta. Las principales potencias votantes del FMI, al igual que los países en desarrollo, deberán considerar asignaciones mayores que las previstas hasta ahora. Mientras tanto, antes de que la modernización de las estructuras financieras nacionales y las reformas del sistema monetario internacional tengan lugar, debemos evitar los intentos de liberalizar las cuentas de capital.

Se debe llevar a cabo un diálogo constructivo entre los países desarrollados y los países en desarrollo sobre la base del beneficio mutuo y las responsabilidades compartidas. Deben promoverse consultas más estrechas entre grupos como el Grupo de los Siete, el Grupo de los 77 y el Grupo de los 15.

Las instituciones, como la Organización Mundial del Comercio (OMC), deben cumplir sus objetivos declarados y facilitar realmente un sistema comercial transparente basado en normas que permita un crecimiento estable. No se debe descuidar la Conferencia de las Naciones Unidas sobre Comercio y Desarrollo (UNCTAD), sino que se debe fortalecer como punto central del sistema de las Naciones Unidas para considerar en forma integrada las cuestiones sobre comercio, finanzas, tecnología e inversiones.

Se deben desviar más fondos del presupuesto administrativo de las Naciones Unidas hacia las actividades de desarrollo. El Programa de Desarrollo, de las Naciones Unidas, que se lanzó con grandes expectativas, parece estar perdiendo su ímpetu. No debe demorarse su puesta en práctica.

El desarrollo no es solamente crecimiento económico y enriquecimiento financiero, que se pueden medir con estadísticas las cuales, a veces, pueden incurrir en error y crear ilusiones. Hay que promover y mejorar la totalidad de la condición humana. No deben reducirse al mínimo nuestro compromiso y nuestra responsabilidad en cuanto al desarrollo económico y social, ni deben pasar a segundo término en relación con otros temas que, aunque importantes, no afectan el bienestar de la humanidad. Es una grave acusación contra nosotros que los antiguos problemas de la pobreza y el hambre todavía existan en el mundo de hoy. Hago un llamamiento a las naciones aquí reunidas para que no permitan que nos dejemos engañar por la explosión de nuevas tecnologías interesantes, las seductoras lisonjas del comercio mundial y las altas finanzas, hasta el punto de que los pobres, los despojados, los desesperados, salgan de nuestro programa y queden en el limbo de las cosas olvidadas. No debemos olvidar que los países menos adelantados

tienen problemas especiales que requieren nuestra atención. Debemos esforzarnos constantemente por eliminar estos problemas en el próximo siglo.

El Grupo de los 77 ha propuesto que en el año 2000 se celebre una cumbre del tercer mundo para marcar el inicio del nuevo siglo. Sri Lanka apoya la propuesta como una oportunidad para los países en desarrollo de preparar su propio programa de desarrollo en la nueva era.

Los países de la AAMCR convinieron en Colombo en que para complementar el progreso económico hay que elaborar una carta social en beneficio de nuestros pueblos en el Asia meridional, que se centraría en determinar normas prácticas y básicas en las esferas de la erradicación de la pobreza, la capacitación de la mujer, la movilización de los jóvenes, la promoción de la salud y la nutrición, y la protección de los niños.

Debemos realizar un esfuerzo especial para disipar los efectos de las percepciones discriminatorias, sociales y psicológicas que afectan la situación de la mujer. Los Jefes de Estado o de Gobierno de la AAMCR condenaron la violencia contra la mujer y los actos de discriminación y humillación que disminuyen aún más la dignidad de la mujer. Se manifestó preocupación especial por el sufrimiento de las mujeres y las niñas afectadas por situaciones de conflicto armado.

En Colombo, los Estados de la AAMCR concluyeron el proyecto de texto de una convención regional sobre la lucha contra el delito de la trata de mujeres y niños para forzarlos a ejercer la prostitución, que se firmará en la próxima cumbre a celebrarse en Nepal. En Sri Lanka, mi Gobierno ha aprobado un plan nacional de acción que se basa en las conclusiones pertinentes de la Cuarta Conferencia Mundial sobre la Mujer, celebrada en Beijing, y en las características específicas de nuestra propia situación nacional. La Constitución de Sri Lanka consagra el derecho fundamental de la igualdad entre los sexos. Hemos ratificado los Convenios de la Organización Internacional del Trabajo (OIT) que garantizan a la mujer igual remuneración y otros beneficios. Hemos fortalecido las disposiciones jurídicas contra el acoso y el abuso sexual de la mujer.

Con respecto a los niños, recientemente mi Gobierno ha aprobado legislación para establecer una Autoridad Nacional de Protección de los Niños bajo mi supervisión. Esta Autoridad aborda cuestiones tales como el empleo de los niños, la explotación sexual de los niños, la educación, la salud y la difícil situación de los niños que se ven atrapados en conflictos armados. Hemos elaborado una “Carta de

los Niños” y un Plan Nacional de Acción para brindar seguridad y protección a nuestros niños. Si bien somos conscientes de la trágica incidencia de la prostitución y la pornografía infantiles en nuestro país, hemos también determinado las insidiosas conexiones internacionales que agravan aún más el problema. Instamos a la comunidad internacional a que haga más estrictas las leyes y los mecanismos para hacerlas cumplir a fin de asegurar que no se dé refugio en lugar alguno a los responsables de tales aborrecibles crímenes.

Un delito especialmente cruel que atenta contra la inocencia de los niños es el que comete un grupo terrorista en Sri Lanka al reclutarlos de manera forzosa para prestar servicios como asesinos suicida en nombre de una causa que son demasiado jóvenes para comprender.

Este es sólo uno de los aspectos sórdidos de las actividades de un grupo terrorista conocido como los Tigres para la Liberación de Tamil-Eelam (TLT). Tratan de desintegrar a Sri Lanka, con el objetivo de crear en nuestro territorio una entidad monoétnica y racista, objetivo totalmente inaceptable para la mayoría abrumadora del país e incluso para la propia comunidad cuya causa afirman que representan.

Consideramos que existen injusticias de carácter étnico en Sri Lanka. Lo dije en mi discurso dirigido a la nación con motivo de la celebración del cincuentenario de nuestra independencia este año. Señalé que el quincuagésimo aniversario de la independencia era una ocasión para reflexionar, así como para renovar las esperanzas y aspiraciones. Era una ocasión para celebrar nuestros logros y también para lamentar las consecuencias de los fracasos. Dije:

“Debemos también examinar con humildad nuestros fracasos. Hemos fracasado en la tarea esencial de construir la nación. Hemos andado por un camino tortuoso y hemos dado tropiezos a lo largo de ese camino, mientras que en nuestros países vecinos de Asia y en muchos otros países los pueblos pertenecientes a diversas comunidades raciales, religiosas y lingüísticas viven en armonía. La historia juzgará las causas de este fracaso. Otros asignarán y distribuirán la culpa.

Aquellos de nosotros que hemos asumido la responsabilidad de guiar y gobernar la nación, marchemos hacia el futuro al unísono, dejando atrás los mezquinos deseos de obtener despreciables ganancias personales o políticas. Hoy las necesidades de la nación son tan grandes y urgentes que sólo pueden

admitir la generosidad del corazón y la mente, que reemplazará, en aras del interés nacional, todo lo irrelevante y pequeño.”

Mi Gobierno está firmemente comprometido a remediar dichas injusticias de carácter étnico en forma pacífica mediante los debates políticos. Hemos presentado una propuesta amplia para abordar las injusticias de carácter étnico mediante una amplia devolución del poder político. La gran mayoría de nuestro pueblo, de todas las comunidades, ha acogido con beneplácito estas propuestas. Sólo los TLT optan por andar al acecho por el camino de la violencia, recurriendo a los actos terroristas para lograr los objetivos que sólo ellos promueven. Sin embargo, hemos continuado ofreciendo a los TLT la posibilidad de sumarse a otros ciudadanos de Sri Lanka para negociar un arreglo de todas las cuestiones étnicas pendientes si renuncian al terrorismo y a su sangriento llamamiento en pro de un Estado separado.

Los TLT afirman que son una “organización de liberación”, mientras que asesinan a centenares de personas pertenecientes al pueblo tamil —al que dicen liberar— cuando éstas no están de acuerdo con la política de terror de los TLT. Los TLT han asesinado brutalmente a varios dirigentes tamiles de partidos políticos democráticos, incluidos miembros del parlamento y dos alcaldes, así como también a activistas tamiles de derechos humanos. Su afirmación de que son una “organización de liberación” se ve negada por el hecho de que recurren en forma unilateral a la violencia y de que se niegan de modo constante a demostrar su afirmación, de que participan en un proceso de consultas con el pueblo que es abierto, democrático y pacífico.

Como contraste, en Palestina, el Presidente Arafat trata de lograr lo que denomina “la paz de los valientes”, confiando no sólo en la justicia de su causa, sino también en la firmeza del apoyo libremente brindado por el pueblo palestino para lograr el ejercicio de sus derechos inalienables en Palestina. Durante la cumbre de la AAMCR, expresamos una preocupación creciente ante los numerosos reveses que afectaban al proceso de paz en el Oriente Medio, incluidos los intentos ilícitos de cambiar la jurisdicción y las fronteras de Jerusalén.

En los últimos años, el Gobierno de Sri Lanka ha defendido firmemente en varios foros internacionales la necesidad de que se tomen medidas internacionales colectivas para vencer al flagelo del terrorismo. Nuestra lógica ha sido que un grupo como el de los despiadados TLT, que sigue frustrando todo esfuerzo por hallar un solución políti-

ca negociada a nuestro problema étnico, ha encontrado apoyo en las políticas de asilo liberales que prevalecen en algunos países. A este grupo, que recluta niños de apenas 10 años de edad, dirige sus ataques en forma indiscriminada contra civiles inocentes, asesina a los representantes que el pueblo ha elegido, incluidos dirigentes políticos y de derechos humanos tamiles, destruye lugares de culto religioso, y asesina a jefes de Gobierno extranjeros en su propio territorio, se le permite llevar a cabo actividades libremente en muchos países. Mantiene una red internacional que se dedica a la recaudación de fondos, al tráfico de estupefacientes, al tráfico de armas ilícitas, al contrabando de inmigrantes ilegales y, más recientemente, al terrorismo marítimo y cibernético.

Al hacer uso de la palabra durante la celebración del cincuentenario de las Naciones Unidas en Nueva York hace tres años, señalé:

“Es esencial una acción internacional concertada para combatir el terrorismo y obligar a los terroristas a renunciar a la violencia y participar en el proceso democrático. Lamentablemente, la acción eficaz destinada a esos fines se ha visto frustrada debido a un debate filosófico estéril sobre el carácter del terrorismo.” (*A/50/PV.35, pág. 10*)

Me complace tomar nota de que, desde entonces, se han adoptado medidas significativas. La aprobación este año del Convenio Internacional para la represión de los atentados terroristas cometidos con bombas ha sido una importante victoria moral para la comunidad internacional en su lucha contra el terrorismo. Sri Lanka abraza la esperanza de que todos los Estados adopten rápidamente medidas para aplicar la legislación nacional necesaria, que tiene por objeto poner en práctica los compromisos asumidos en el Convenio, a fin de asegurar que no se brinde refugio a los terroristas y que no se les permita recaudar fondos dentro de las fronteras de un Estado para llevar a cabo actividades terroristas en otro Estado.

Al tiempo que promulgamos legislación, debemos también estar alertas de manera constante para velar por que los terroristas no encuentren deficiencias en nuestras leyes que les permitan evadir el consenso internacional que está surgiendo contra el terrorismo. Somos especialmente conscientes de la capacidad de los grupos terroristas de recurrir a la estrategia de utilizar organizaciones espurias a fin de reunir fondos que terminan en las arcas de los TLT para contribuir al asesinato y al trato brutal de nuestro pueblo. Las sanciones morales y jurídicas contra los terroristas no son suficientes. Las leyes deben aplicarse con eficacia. Sólo

mediante la aplicación de tales medidas concertadas podremos asegurar que los terroristas se vean obligados a renunciar a la violencia e ingresar en el proceso democrático.

En esta oportunidad deseo agradecer en particular a la India y a los Estados Unidos de América por haber reconocido y declarado a los TLT como la organización terrorista que es, así como por haber alentado a mi Gobierno a solucionar este problema por medios políticos. Quiero agregar aquí que este es un problema interno que Sri Lanka está plenamente capacitada para resolver y está dispuesta a hacerlo, con el pleno apoyo de sus pueblos. No toleraremos ninguna injerencia externa, si bien agradecemos todo el apoyo que nuestros amigos en el exterior nos dan en la tarea de resolver este conflicto.

Si en esta etapa menciono a la Sra. Aung San Suu Kyi, de Myanmar, es porque soy consciente de la soledad, la angustia, las dificultades y los peligros que una dirigente encara en la vida política. El pueblo de Sri Lanka y el pueblo de Myanmar, así como sus Gobiernos, han sido amigos durante muchos siglos. Nuestros pueblos comparten un inapreciable patrimonio: el mensaje de Buda, el iluminado, que enseñó al mundo el significado de la compasión, la tolerancia y la comprensión. Este mensaje me lleva a expresar la esperanza de que las cuestiones políticas de Myanmar se pueden abordar en un espíritu de conciliación y tolerancia.

En todo esto, el sistema de las Naciones Unidas puede y debe desempeñar una función de agente catalizador. Las Naciones Unidas han sobrepasado su medio siglo de vida. El Secretario General ha descrito a las Naciones Unidas como “un noble experimento de cooperación humana”. El año pasado se designó como el año de la reforma de las Naciones Unidas, y nos complace que gran parte de las reformas presentadas se han llevado a la práctica. Otras necesitan que se las estudie más.

Somos conscientes de la crisis financiera que las Naciones Unidas encaran debido a que algunos Estados Miembros no pagan sus cuotas. Les exhortamos a que las paguen en su totalidad, sin condiciones y a tiempo.

Nos desconcierta que no se haya alcanzado ningún acuerdo respecto de la reconstitución del Consejo de Seguridad que refleje mejor la generalidad de todos los miembros que integran las Naciones Unidas. El Consejo debe ser más representativo y sus deliberaciones más transparentes y democráticas, dando así respuesta a las inquietudes de todos y desvaneciendo su imagen, no del todo inexacta, de

que sirve mayormente a los intereses de las principales Potencias.

En las postrimerías de este milenio el mundo es un lugar mucho más complejo de lo que era cuando se adoptó la Carta de las Naciones Unidas. La gama y las ramificaciones de las cuestiones con las que la Organización tiene que lidiar ha aumentado notablemente. El cambio en la orientación de las Naciones Unidas debe ir a la par de las nuevas realidades. El programa de reformas del Secretario General es un paso en la dirección correcta. Sin embargo, nada contribuirá en mayor medida al éxito de las Naciones Unidas que el grado de compromiso de los Estados Miembros respecto de las decisiones de la Organización. La credibilidad y la fuerza de esas decisiones dependerán a su vez de la transparencia del proceso de adopción de decisiones y del grado de identificación de los Estados Miembros con esas decisiones. Si las Naciones Unidas han de proseguir con renovado vigor su viaje hacia el siglo XXI con el propósito de lograr sus objetivos de paz, seguridad, desarrollo económico y reforma social, se debe habilitar a todos sus Miembros para que puedan participar de manera significativa en el proceso de adopción de decisiones y a todos sus niveles.

Con este fin, tenemos que incluir en nuestro temario dos importantes reformas. En primer lugar, la ampliación del Consejo de Seguridad de manera que represente más cabalmente a las dos terceras partes de la población mundial constituye un requisito indispensable. Las naciones en desarrollo y las regiones del mundo en las que predominan deben contar con una representación permanente en el Consejo de Seguridad.

En segundo lugar, se debe reconocer y garantizar el crucial papel de la Asamblea General en el proceso de adopción de decisiones. La Asamblea General de las Naciones Unidas es el parlamento supremo de la humanidad.

Hoy día la era de la guerra fría llegó a su fin. La mundialización económica está derrumbando las fronteras nacionales en un grado tal que habría sido inimaginable hace varios decenios. El mundo se halla verdaderamente en el umbral de un nuevo orden que ciertamente ya no se puede conducir mediante los estrechos intereses nacionales que por tanto tiempo han paralizado la imaginación de la humanidad. Nunca antes en la historia de la humanidad se nos han presentado las magníficas posibilidades que nos rodean hoy respecto de romper los lazos arraigados que nos atan a la banalidad y la trivialidad. Cuando se permita que el invicto e invencible espíritu de la humanidad se eleve al máximo de su posibilidad alcanzaremos un mundo en el que

la verdad y la justicia prevalezcan, un mundo que podamos legar con orgullo a las generaciones de nuestros pueblos que aún están por nacer.

El Primer Ministro S.W.R.D. Bandaranaike, mi difunto padre, al hacer uso de la palabra ante esta Asamblea en su undécimo período de sesiones, en 1956, expresó lo siguiente:

“en una Organización como ésta, el servicio que un país puede prestar, el servicio que un Estado Miembro puede rendir, no debe medirse únicamente por el tamaño de ese país, su población, su poderío o su fuerza. Esta es una Organización cuya expresión más efectiva es el ejercicio de cierta fuerza moral; la fuerza moral y el decoro colectivos de los seres humanos. Esta es una tarea en que los débiles, al igual que los fuertes, pueden prestar un servicio valioso y deseo asegurar a esta Asamblea, en nombre de mi país, que en lo que a nosotros respecta, siempre estaremos sinceramente dispuestos a realizar todos los esfuerzos necesarios para ayudar al logro de los nobles ideales que persigue esta Organización.” (A/PV.590, párr. 42)

Al dirigirme a la Asamblea 42 años más tarde, me permito decir que Sri Lanka sigue siendo un Miembro leal y dedicado de esta Organización. Hemos contribuido a la calidad de sus deliberaciones y a la ejecución de sus programas. Estamos profundamente comprometidos con los principios de la Carta. Creemos en las Naciones Unidas. Queremos que sean un órgano fuerte, de principios y eficaz; patrimonio común de toda la humanidad, no el coto de unos pocos Estados ricos y poderosos, sino el guardián de todos, especialmente de los pobres, los débiles y los indefensos.

El Presidente: En nombre de la Asamblea General, quiero dar las gracias a la Presidenta de la República Socialista Democrática de Sri Lanka por la declaración que acaba de formular.

La Sra. Chandrika Bandaranaike Kumaratunga, Presidenta de la República Socialista Democrática de Sri Lanka, es acompañada fuera del Salón de la Asamblea General.

Tema 9 del programa (continuación)

Debate general

Discurso del Sr. Tony Blair, Primer Ministro del Reino Unido de Gran Bretaña e Irlanda del Norte

El Presidente: La Asamblea General escuchará ahora una declaración del Primer Ministro del Reino Unido de Gran Bretaña e Irlanda del Norte.

El Honorable Tony Blair, Primer Ministro del Reino Unido de Gran Bretaña e Irlanda del Norte, es acompañado a la tribuna.

El Presidente: Me complace en dar la bienvenida al Primer Ministro del Reino Unido de Gran Bretaña e Irlanda del Norte, Excmo. Sr. Tony Blair, y lo invito a dirigir la palabra a la Asamblea General.

Sr. Blair (Reino Unido de Gran Bretaña e Irlanda del Norte)(*interpretación del inglés*): El mundo de hoy ofrece una clara lección: para sobrevivir y prosperar tenemos que colaborar mejor. Eso es obvio.

Compartimos un medio ambiente mundial. Dependemos unos de otros para el desarrollo y la prosperidad. Los conflictos regionales nos afectan a todos. Nuestros pueblos sufren juntos bajo las sombras de las drogas y el terrorismo.

No podemos seguir separando lo que queremos lograr dentro de nuestras propias fronteras de lo que encaramos fuera de ellas. Los cambios rápidos, como los que hemos observado últimamente, pueden inspirar miedo. Pero tenemos que enfrentar y vencer ese miedo juntos.

Y si nuestras finanzas, nuestro comercio, nuestros medios de difusión, nuestras comunicaciones e incluso nuestra cultura son cada día más y más transnacionales, sería extraño —e incluso podría ser peligroso— que nuestras políticas siguieran encerradas en los viejos compartimientos contruidos al término de la segunda guerra mundial. Si el desafío es internacional, la respuesta también debe ser internacional. Debemos iniciar una nueva era de asociación internacional en la que modernicemos las instituciones que nos permiten cooperar y trabajar juntos.

Las Naciones Unidas tienen un verdadero historial de éxitos. Esa es la verdad. Pero también es verdad que han tenido fracasos. Cuando se cometieron brutalidades en el exterior se mantuvieron al margen o participaron en forma ineficaz. Algunas veces sólo intervinieron con palabras, cuando lo que se necesitaba era acción.

Pero las Naciones Unidas no son más que sus Estados Miembros. Sus fracasos son los nuestros. Los valores de la Carta de las Naciones Unidas tienen ahora tanta validez como cuando se escribieron. No obstante, tenemos que encontrar nuevas maneras de ponerlos en práctica.

Por consiguiente, creo en las Naciones Unidas, pero también creo que deben modernizarse, y con urgencia. Todas las partes de las Naciones Unidas necesitan una adecuada rendición de cuentas para operar con una financiación segura, una mejor administración y una coordinación más eficaz en todas sus actividades.

Nuestro Secretario General ha tomado la delantera. Pero ahora nos corresponde a nosotros, los Estados Miembros, brindarle nuestro pleno apoyo. No podemos permitir que la reforma de las Naciones Unidas pierda impulso.

Y permítaseme recalcar hoy que necesitamos fortalecer también la autoridad del Consejo de Seguridad. Esto implica aumentar el número de sus miembros: nuevos puestos permanentes, para el mundo en desarrollo y para Alemania y el Japón. Aumentar únicamente el número de puestos no permanentes sería una solución intermedia inaceptable. Ya hemos deliberado sobre esta cuestión durante cinco años. Es hora de que tomemos decisiones.

Tenemos muchos problemas, pero ninguno tan acuñante como el contagio de la recesión que se inició en los países que experimentaban dificultades y que ha llegado a afectar a toda la economía mundial. Las soluciones no radican en los equivocados intentos de imponer un nuevo arsenal de medidas de control de los movimientos internacionales de capital, ni en retirarse del libre comercio. Más bien debemos reconocer todos que la falta de estructuras y disciplinas financieras adecuadas en los países a nivel individual, sumada a la falta de transparencia, tarde o temprano reciben el castigo de los mercados.

Sin embargo, podemos actuar. Podemos discurrir nuevos mecanismos de apoyo a los procesos de cambio: establecer normas para fomentar el aumento de la transparencia en las transacciones financieras nacionales e internacionales; mejorar la supervisión y la reglamentación de la

operación de los agentes financieros; proveer recursos adecuados a las instituciones financieras internacionales para que puedan enfrentar los problemas relativos a la liquidez a corto plazo, y elaborar programas de reforma estructural para los países que atraviesen por una situación difícil, programas en los que se tengan en cuenta las repercusiones sociales de la reestructuración que solicitamos.

La única manera de abordar estos problemas complejos es realizando un nuevo esfuerzo de colaboración internacional de alto nivel. Los problemas mundiales exigen soluciones mundiales. Como país que ostenta la Presidencia del Grupo de los Ocho, Gran Bretaña hará todo lo que le corresponde para asegurar que se lleve a cabo el necesario examen de la arquitectura financiera internacional y se encuentre la forma en que puede mejorarse para la nueva era. Esta es una prioridad, creo, para todos nosotros.

Sin embargo, sabemos que, a diferencia de lo que sucedía en los años del decenio de 1950, esta tarea no puede dejarse simplemente a unos pocos países desarrollados. Establecer el marco financiero adecuado es sólo el comienzo. Debemos crear las condiciones propicias para el desarrollo sostenible en todos nuestros países.

La comunidad internacional se ha fijado objetivos precisos. El más importante es el de reducir a la mitad, para el año 2015, la cantidad de personas que viven en la pobreza absoluta. Nuestros propios esfuerzos en pro del desarrollo se están orientando ahora hacia la erradicación de la pobreza. En el período extraordinario de sesiones del año pasado dije que invertiríamos la declinación de nuestra asistencia para el desarrollo. Recientemente anunciamos que habíamos aumentado en 1.600 millones de libras esterlinas nuestro presupuesto para el desarrollo y en un 50% nuestro apoyo a proyectos en materia de salud, educación y provisión de agua potable en África. Hemos ayudado a pagar la campaña de la Organización Mundial de la Salud para la eliminación paulatina de la malaria. Estamos tratando de transformar nuestras palabras en hechos.

Naturalmente, sin embargo, estos programas de desarrollo sólo funcionarán si las condiciones son apropiadas, y a lo largo de los años se ha desperdiciado demasiado dinero. Al respecto, comprobamos una vez más por qué la labor que las Naciones Unidas están llevando a cabo a fin de crear fuertes asociaciones para el desarrollo es tan importante, y debemos brindarle nuestro pleno respaldo. Hago hoy un llamamiento a todas las partes del sistema de las Naciones Unidas, incluidas las instituciones de Bretton Woods y la Organización Mundial del Comercio, para que

otorguen la máxima prioridad a la coordinación eficaz de sus actividades en pro del desarrollo. De lo contrario, los pobres de este mundo serán los que saldrán perdiendo.

Si queremos erradicar la pobreza debemos asegurarnos de que también los países menos adelantados se beneficien de esta economía mundial. Esto significa, por ejemplo, permitirles que vendan sus productos sin imponerles aranceles; significa ayudarlos activamente a obtener provecho de la mundialización y significa rechazar la engañosa tentación del proteccionismo.

La Unión Europea ha asumido el compromiso de no imponer arancel alguno a esos países para el año 2000. Y yo exhortaría a todos los países desarrollados a que siguieran su ejemplo.

Además, tenemos que aliviar la carga de la deuda de los países más pobres. Gran Bretaña ha propuesto al Mandato de Mauricio que acelere la asistencia a aquellos que se encuentran en la trampa de la deuda y que están auténticamente dispuestos a ayudarse a sí mismos a librarse de ella. Para el año 2000, todos los países muy endeudados que reúnan los requisitos deben haber emprendido un proceso sistemático de reducción de la deuda, a fin de librarse para siempre de los problemas que derivan de la misma. Pero tenemos que asegurarnos de que eso suceda. Una vez más, es preciso que los países que están aquí hoy representados realicen un gran esfuerzo de colaboración.

El desarrollo no debe lograrse a expensas del medio ambiente. Todos sabemos eso. Pero constituye un desafío para nosotros. El éxito de Kyoto fue una victoria por un escaso margen. Buenos Aires será un trabajo arduo, pero tiene que funcionar. Los países con la mayor cantidad de emisiones deben presentar rápidamente planes creíbles a fin de cumplir con los compromisos que asumieron en Kyoto. Dentro de poco publicaremos en Gran Bretaña un documento de consulta sobre cómo vamos a cumplir con nuestras obligaciones en nuestro país. Y esperamos que los demás se apresuren a hacer lo mismo.

El mundo tiene grandes esperanzas en las Naciones Unidas como guardianas de la paz y la seguridad mundiales. Las Naciones Unidas no deben intervenir cuando las organizaciones regionales están mejor preparadas para abordar un conflicto local. Pero algunas veces debemos demostrar una voluntad colectiva a nivel mundial. Y si actuamos, debemos hacerlo con decisión. Debemos guiarnos por principios claros. Permítaseme referirme brevemente a algunos de ellos.

Primero, prevenir es siempre mejor que curar. Los recursos que se gastan para evitar un conflicto son minúsculos comparados con los que se gastan en el mantenimiento de la paz una vez que se comienzan a disparar las armas. Las Naciones Unidas están aumentando su capacidad en esta esfera, pero necesitan más apoyo; Gran Bretaña promete hacer su parte.

Segundo, cuando enviamos a los cascos azules debemos darles misiones claras y factibles. No debe repetirse lo ocurrido en Bosnia, donde se hizo intervenir a las fuerzas de mantenimiento de la paz en un conflicto candente y se les dijo que hicieran seguras las zonas seguras. Pero no se les dieron los medios para lograrlo.

El personal de mantenimiento de la paz de las Naciones Unidas debe contar con un salida así como con una entrada. Debe proveérsele las herramientas necesarias para efectuar su trabajo, y un mando claro y eficaz.

Tercero, las Naciones Unidas necesitan poder actuar y responder con rapidez. Una acción rápida puede evitar la intensificación de un conflicto, sostener una tregua frágil, salvar vidas. También en este sentido, en Gran Bretaña estamos procurando hacer nuestra parte. La reorganización de las fuerzas armadas de Gran Bretaña como resultado del examen de nuestra defensa estratégica está transformando nuestra capacidad de contribuir a las operaciones humanitarias y de mantenimiento de la paz; contamos ahora con fuerzas de reacción rápida más numerosas y mejor equipadas, transporte estratégico adicional y una mayor capacidad logística.

Hoy puedo anunciar que en seis meses concertaremos un acuerdo específico con las Naciones Unidas para garantizar que puedan utilizar rápidamente lo que podemos ofrecerles cuando la situación así lo exija, el primer acuerdo de esa índole de parte de un miembro permanente.

Cuarto, el mantenimiento de la paz debe verse acompañado desde el comienzo por la consolidación de la paz, para restablecer la justicia, las instituciones democráticas, la prosperidad y los derechos humanos. El Consejo de Seguridad debe ocuparse de los síntomas de los conflictos, no solamente de las causas. Debe trabajar con el resto de las Naciones Unidas, el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional si desea tener una repercusión duradera. Una vez más, pediré al Secretario General que presente propuestas nuevas para tratar las consecuencias y las causas de los conflictos para que esto se materialice.

Muchos de esos conflictos aún existen. Hay pocas prioridades mayores que el restablecimiento de la paz en la región de los Grandes Lagos. El proceso de paz del Oriente Medio sigue, al parecer, estancado. Hemos podido avanzar en Irlanda del Norte y el apoyo de la comunidad internacional al respecto nos ha fortalecido y alentado para seguir adelante. Tenemos una deuda de gratitud por ese apoyo y espero que el mundo siga prestándolo. Creo que ha llegado el momento de seguir avanzando en el Oriente Medio. Una vez más, nosotros en Gran Bretaña estamos dispuestos a hacer lo que nos compete para lograrlo.

No obstante, quiero concentrarme en otra esfera de urgente preocupación, a saber: Kosovo. Es difícil creer que, una vez más, las fuerzas de seguridad del Presidente Milošević estén haciendo caso omiso de la clara voluntad de la comunidad internacional y sigan oprimiendo y maltratando a los que reconocen como sus conciudadanos. Naturalmente, sabemos que las inaceptables medidas del llamado Ejército de Liberación de Kosovo han contribuido a la desastrosa situación actual. Pero nada puede justificar las tácticas de tierra quemada ni la creación forzosa de cientos de miles de refugiados.

La comunidad internacional tiene algunas responsabilidades obvias en esta situación. En primer lugar, debemos dejar claramente establecido que nuestra paciencia se ha agotado, habida cuenta de las promesas no cumplidas, y de las falsas seguridades. La continuación de la represión militar inevitablemente llevará a un nuevo tipo de respuesta. En segundo lugar, debemos convencer a ambas partes de la necesidad de entablar negociaciones, con una apreciación real de lo que es posible alcanzar, y señalar el camino hacia una solución mutuamente aceptable. En tercer lugar, debemos dejar en claro que tenemos que satisfacer las necesidades humanitarias inmediatas de los refugiados en Kosovo e impedir, por todos los medios posibles, el desastre humanitario que vemos aparecer en el horizonte a medida que se acerca el invierno.

Proponemos una nueva resolución del Consejo de Seguridad en la que se exhorte a una cesación inmediata del fuego y se exija que se ponga fin con carácter de urgencia a la violación de los derechos de los habitantes de Kosovo. Debe adoptarse esta semana y si el Presidente Milošević hace caso omiso de esa resolución lo hará a su propio riesgo.

La comunidad internacional hace frente a otro grave desafío en el Iraq. El Consejo de Seguridad se expresa en forma unánime al insistir que el Iraq reanude la

cooperación con las Naciones Unidas y Kofi Annan valientemente alcanzó un importante acuerdo con las autoridades del Iraq acerca de la Comisión Especial de las Naciones Unidas a comienzos de este año. Una vez más, este acuerdo debe respetarse y nos empeñaremos por que ello suceda.

Por último, existen dos flagelos mundiales que pueden socavar nuestras instituciones y, por cierto, nuestras vidas, a saber: las drogas y el terrorismo. Todos conocemos la creciente interrelación entre las drogas y el crimen y la inestabilidad en tantos países. Sabemos del insidioso efecto degradante que las drogas causan a todos los que se les acercan, sean agricultores, contrabandistas, vendedores o usuarios. Como sabemos, tenemos que atacar cada eslabón en la cadena de las drogas, pero corremos el peligro de perder de vista el tamaño de la montaña que debemos escalar. Si somos honestos con nosotros mismos, esta es una guerra que corremos el riesgo de perder, pero que debemos ganar. Una vez más, Gran Bretaña está invirtiendo otros 200 millones de libras esterlinas en el plano nacional en nuestras prioridades, pero sus esfuerzos colectivos deben concentrarse en forma más enérgica.

No nos faltan organizaciones dedicadas a este problema; de hecho, tal vez haya demasiadas. Pero en forma desesperada nos faltan resultados: cortar las líneas de suministro, eliminar los cultivos ilícitos y detener las ganancias de los traficantes. Tenemos un nuevo instrumento, la convención contra la delincuencia organizada. Demasiados países aún dan abrigo a las ganancias del crimen. Juntos debemos exigir que esos países expulsen a los traficantes y su dinero sucio, que ataquen a los magnates de las drogas donde más les duele. La convención proporcionará los medios prácticos para lograrlo, pero las negociaciones están retrasadas. Debemos fijarnos la meta de finalizarla para el milenio, a más tardar.

La lucha contra el terrorismo también ha adquirido una nueva urgencia. La lista de actos terroristas que tuvieron lugar el año pasado incluye a Luxor, Dar es Salam, Nairobi, Omagh y muchos otros lugares. Cada uno de ellos es un recordatorio de que el terrorismo es un crimen bárbaro y cobarde de características singulares. Cada uno de ellos es un recordatorio de que los terroristas no respetan fronteras. Cada uno de ellos es un recordatorio de que el terrorismo no debe tener lugar para esconderse ni oportunidad de recaudar fondos y que no debemos cejar en nuestro empeño por lograr que los culpables comparezcan ante la justicia. Esto se aplica al nuevo fenómeno del terrorismo apátrida así como a las formas más tradicionales de terrorismo.

Para comenzar, es fundamental que todos los países firmen las 11 convenciones internacionales para garantizar que los terroristas no tengan un lugar seguro en el mundo. En Gran Bretaña, hemos aprobado una nueva legislación para asegurarnos de que podemos abordar las conspiraciones terroristas dirigidas a terceros países. Pero debemos hacer aún más. Podemos albergar la esperanza de derrotar al terrorismo solamente si todos nos dedicamos a hacerlo. Por lo tanto, acojo con beneplácito la reciente iniciativa del Presidente de Francia de hacer frente a nivel internacional a la recaudación de fondos para el terrorismo. En mi calidad de Presidente del Grupo de los Ocho, ofrezco una vez más ser el anfitrión de una conferencia de alto nivel en Londres en otoño de este año para negar a los terroristas este medio de obtener apoyo. Nuevas medidas efectivas sobre una base internacional acordada pueden ser de fundamental importancia.

Me he referido a muchas cuestiones en mi declaración a la Asamblea, pero la principal es realmente muy simple. Hacemos frente a múltiples nuevos desafíos a medida que nos acercamos al nuevo siglo. Nuestra única esperanza, como todos sabemos, de abordar esos desafíos con éxito es hacerlo juntos. Necesitamos una cooperación internacional efectiva e instituciones modernas para abordar nuestros

problemas políticos y económicos. Más que nunca, necesitamos que el sistema de las Naciones Unidas actúe de consuno. Necesitamos revitalizar y modernizar nuestras instituciones internacionales para hacer frente a la crisis en la economía mundial. Pero, sobre todo, necesitamos voluntad política y sentido de urgencia. Los problemas de nuestro mundo moderno son demasiado acuciantes, sus consecuencias demasiado inmediatas, su repercusión demasiado amplia para que dudemos o sigamos desentendiéndonos de ellos. Se nos está dando una advertencia para que actuemos, tengamos un propósito y un rumbo para solucionar esos desafíos que todos juntos enfrentamos, o nos atengamos a las consecuencias. Y el momento de hacerlo, de responder a esa advertencia, es éste.

El Presidente: En nombre de la Asamblea General, quiero dar las gracias al Primer Ministro del Reino Unido de Gran Bretaña e Irlanda del Norte por la declaración que acaba de formular.

El Honorable Tony Blair, Primer Ministro del Reino Unido de Gran Bretaña e Irlanda del Norte, es acompañado al retirarse de la tribuna.

Se levanta la sesión a las 13.50 horas.